

Nery Alexis Gaitán

# El Cuento Psicológico en Honduras

Un estudio sobre la obra de  
Santos Juárez Fiallos

EDITORIAL PERSEO



**El cuento psicológico en Honduras,  
un estudio acerca de la obra  
de Santos Juárez Fiallos**



**Editorial Perseo**

**El cuento psicológico en Honduras,  
un estudio acerca de la obra  
de Santos Juárez Fiallos**

**NERY ALEXIS GAITÁN**

**1ra. Edición, 2011**

**® Nery Alexis Gaitán**

**Apartado Postal 1834**

**Tegucigalpa, Honduras**

**Tel. (504) 9737-9451**

**Correo electrónico: [ngaitan@yahoo.com](mailto:ngaitan@yahoo.com)**

**Edición a cargo de Editorial Perseo**

**Correo electrónico: [editorialperseo@yahoo.com](mailto:editorialperseo@yahoo.com)**

Impreso en España.  
Reservados todos los derechos, ni la totalidad ni parte de esta publicación pueden reproducirse, registrarse o transmitirse por un sistema de recuperación de información, de ninguna forma, ni por ningún medio, sea mecánico, fotomecánico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo, por escrito, del autor o la editorial.

Impreso en España

## **Indice**

Definición de Objetivos Operativos.....	5
---	---

## **Primera parte**

Introducción General.....	5
Un recorrido por el cuento hondureño del Siglo XX.....	5
El cuento psicológico y sus características.....	10
El cuento psicológico en Honduras.....	12

## **Segunda Parte**

Características de la obra cuentística de Santos Juárez Fiallos.....	14
La obra cuentística de Santos Juárez Fiallos.....	17
Los Alegres Años Veintes y Otros Cuentos Hondureños.....	19
Consideración general.....	36
Conclusiones.....	37
Bibliografía.....	38

## **Anexo 1**

### **Antología narrativa de Santos Juárez Fiallos**

El bazar del anticuario.....	39
El hombre que no quería hablar.....	43
El hombre de la americana.....	46
La mujer en el ómnibus.....	48
Un extraño en el espejo.....	51
El arma en la mente.....	54
El regreso.....	56
Cuento de navidad.....	60

## **Anexo 2**

A) Fotografía de Santos Juárez Fiallos.....	62
B) Entrevista a Santos Juárez Fiallos.....	63

## **Definición de Objetivos Operativos:**

Obj. 1. Definir qué es el cuento psicológico y sus características

Obj. 2. Definir y caracterizar el cuento psicológico en Honduras

Obj. 3. Analizar la obra cuentística de Santos Juárez Fiallos

Obj. 4. Elaborar una antología narrativa de Santos Juárez Fiallos

## **PRIMERA PARTE**

### **Introducción General**

A continuación se hará un esbozo general del cuento hondureño en el Siglo XX, haciendo énfasis en la primera mitad del siglo, donde a finales de 1930 y en las décadas siguientes, hace su aparición —en periódicos y revistas— la obra de don Santos Juárez Fiallos.

### **Un recorrido por el cuento hondureño del Siglo XX**

El año 1906 se toma como punto de referencia para empezar a definir el cuento en Honduras, ya que en ese año se convocó formalmente a un concurso de cuento, el que fue ganado por don Rómulo E. Durón con su relato “La Campana del Reloj”.

La generación de 1924 que forma el Grupo Literario Renovación en 1926, que en su momento fue dirigido por Arturo Mejía Nieto, son los primeros que consolidan y modernizan el cuento en Honduras. “El cuento hondureño a partir de los años veinte desarrollará dos vertientes o corrientes literarias que marcarán en forma definitiva su desarrollo futuro: el criollismo, con sus variantes: costumbrismo y regionalismo; la otra vertiente será el cosmopolitismo” (Salinas, 1991). El regionalismo refleja la estructura social agraria que predomina en el país; así, los narradores reflejarán la vida del campo y sus particularidades; los personajes serán campesinos que tienen mucho amor por su tierra, situados frente a injustas condiciones de vida. Manuel Salinas plantea que: “El gusto por el colorido de la tierra, por el folklore y las tradiciones, por la descripción de costumbres y formas de vida y por el habla del campesino hondureño, es una

de las constantes que recorren y caracterizan a esta narrativa. Esta vertiente literaria, desde luego, es el producto de la existencia en nuestro país de una economía eminentemente agraria y de la supervivencia de estructuras latifundistas en varias regiones hondureñas” (Salinas, 1991:35).

Don Marco Antonio Rosa, en una entrevista que le realiza Manuel Salinas en octubre de 1978, decía sobre su novela “Lágrimas Verdes” de 1963: “Yo intento llamar la atención del habitante urbano sobre la tragedia campesina. No es que piense que el problema sea desconocido sobre algo que reclama solución, sino que quise martillar sobre el abandono del ciudadano hacia los problemas del agro. Y para qué repetirlo: la vida en el campo hondureño para el hombre, para la mujer y para el niño, ha sido y sigue siendo amarguísima” (Salinas, 1991: 37).

Del Grupo Literario Renovación, cultivarán el criollismo, Federico Peck Fernández, narrador y periodista (1904-1929) que en su obra crítica las oligarquías y la influencia extranjera (sobre todo norteamericana) que se hacía sentir ya en el país, y Marcos Carías Reyes (1905-1949), que en su obra se marca una fuerte tendencia a la denuncia político-social, a las injusticias y a las guerras intestinas que sangraron al país.

La vertiente cosmopolita, que se caracteriza por el tratamiento y ambiente urbanos, en donde los protagonistas son ciudadanos, aborda problemas propios de las grandes urbes; esta corriente será el resultado de las vivencias en el extranjero de los creadores, la mayoría de ellos ostentaron cargos diplomáticos. El cosmopolitismo, en el Grupo Renovación, será cultivado por:

Arturo Mejía Nieto (1902-1972), en donde se vislumbra que en algún momento arrastra situaciones propias del criollismo, pero lo trasciende y entra a la corriente cosmopolita. Y Arturo Martínez Galindo (1903-1940) que maneja una visión cosmopolita, diríamos casi universal sobre las inquietudes del alma humana. Asimismo, en sus cuentos también aborda temas erótico-amorosos, hasta el momento no trabajados en nuestra narrativa. Marcos Carías

Reyes también desembocará en el cosmopolitismo con algunos de sus relatos en su libro “Cuentos de Lobos”.

También en las primeras décadas del siglo XX encontramos en plena labor creadora a Froylán Turcios (1875-1943), quizás el padre del cuento en Honduras. Fue un escritor que asumió su oficio con responsabilidad literaria y es digno ejemplo de superación artística, fue un gran divulgador cultural y dejó el nombre de la patria en un alto sitio de honor; su talento fue altamente reconocido por destacados intelectuales de todo el Continente. La obra de Turcios está imbuida por influencias de los simbolistas franceses, por Edgar Allan Poe, por Rubén Darío, entre otros, influjos con los que construye una obra de corte modernista. El culto a la muerte, lo trágico, lo mórbido, lo misterioso en donde los personajes agobiados por un peso moral o afectivo, ansían soluciones escatológicas, propias de un más allá que les vislumbra cierta plenitud, o que llevados por una violencia interior: la tortura del alma, ansían liberarse, o el culto a la desesperanza cuando se ha perdido el amor, son algunas características de su obra. En Turcios encontramos una visión de corte cosmopolita y no meramente regional. Su libro “Cuentos del Amor y de la Muerte”, es su obra por antonomasia; un hecho peculiar: es un texto con una gran cantidad de cuentos, 69 en total. Desafortunadamente el caso de Turcios es aislado y los narradores no cultivaron esta temática, preocupados más por lo social y lo político.

En las siguientes dos décadas, se desplaza el cultivo del cosmopolitismo y se consolida el cultivo del regionalismo en el cuento hondureño. En la década de 1930 se publican 15 libros de cuentos, la mayoría bajo la influencia del criollismo. Los escritores tratarán de denunciar las injustas estructuras agrarias que predominan en el agro hondureño; asimismo harán fuertes cuestionamientos a las guerras civiles que han assolado a la patria.

Haciendo un apartado, es importante mencionar a Santos Juárez Fiallos (1916-2005) quien es el iniciador del cuento psicológico en Honduras. En 1937 empieza a publicar sonetos y algunos relatos de corte fantástico en revistas y periódicos, en donde emplea la superposición de planos, el desdoblamiento de los personajes, que sufren la tortura del alma esperando con paciencia el instante del resarcimiento, etc., haciendo uso de técnicas propias de la psicología,



lo que deja entrever influencias de variada naturaleza desde Freud hasta Joyce, Kafka y posiblemente Borges, abriendo así una brecha en el criollismo que impera en esta época; don Santos seguirá publicando paulatinamente sus trabajos en las décadas siguientes, desafortunadamente su caso es aislado y ningún otro narrador cultivó en ese momento nuevas técnicas narrativas ni abordó otro tipo de temas. En lo que respecta a don Santos no culminó una obra narrativa constante en su momento, lo que hubiera universalizado el cuento hondureño en estas décadas gobernadas por el regionalismo o criollismo; será hasta 1989 cuando publique su primer libro de cuentos: “Los Alegres Años Veintes y Otros Cuentos Hondureños”.

En la década de 1940, de pobre producción cuentística, solamente se publican seis libros: Cuentos de Lobos, en 1941, de Marcos Carías Reyes; Betina, en 1941, de Lucila Gomeró de Medina; Rafael Heliodoro Valle publica Visión del Perú, en 1943, e Imaginación de México en 1945; Daniel Láinez publica El Grencho en 1946 y Arturo Oquelí, El cultivo de la pereza, en 1948, propuestas que estarán, casi todas, bajo la influencia del regionalismo.

En la década de 1951 a 1960 continúa la corriente regionalista o criollista —reflejando la violencia en sus diversas formas en el acontecer nacional— y se consolida con nuevos nombres que revitalizan el género, imprimiéndole una alta calidad literaria, ya que son escritores talentosos, quienes siguen plasmando la angustiosa situación de la vida en el campo hondureño, ellos son: Víctor Cáceres Lara (1915-1993), Eliseo Pérez Cadalso (1920-1999), y Marco Antonio Rosa (1899-1983) quien será el novelista por excelencia del criollismo. Asimismo Alejandro Castro h. (1914-1995) publicará su libro “El Ángel de la Balanza”, en 1956, que es una crítica de naturaleza social. Nuevos narradores publican sus primeros textos, pero no serán propuestas novedosas; aunque sí se perfilan los primeros elementos de la literatura de ficción con la publicación de “El Arca” en 1956, de Oscar Acosta. Los libros publicados en esta década son: Fabulas, en 1951, de José Francisco Martínez; Humus, en 1952, de Víctor Cáceres Lara; Guijarros, en 1952, de Rodolfo Alirio Hernández; Senderos, en 1952, de Ángel Porfirio Sánchez; Revelación, en 1952, de José Zerón, h.; Anhelos de un Corazón, en 1953, de Ofelia Delgado M.; Cuentos Hondureños, en 1953, de Salvador López Arias; Relatos Hondureños, en 1953, de Ángel Porfirio Sánchez; Mis Primeros Cuentos, en

1954, de Florencio Alvarado; Ceniza, en 1955, de Eliseo Pérez Cadalso; Flor de Mesoamérica, en 1955, de Rafael Heliodoro Valle; El Arca, en 1956, de Oscar Acosta; El Ángel de la Balanza, en 1956, de Alejandro Castro, hijo; El Pecador, en 1956, de Arturo Mejía Nieto; Inquietudes, en 1956, de Marco Antonio Rosa; Margarita o el Amor de un Gitano, en 1957, de Tilita Núñez de Simón; Un Amigo Llamado Torcuato, en 1957, de Francisco Salvador; Altar (verso y prosa), en 1958, de Mercedes Láines de Blanco; Tinajón de Barro, en 1959, de Adolfo Alemán; Sendas en el Abismo, en 1959, de Mimí Díaz Lozano; y Achote de la Comarca, en 1959, de Eliseo Pérez Cadalso, haciendo un total de veintinueve libros publicados en esta década.

Como ya se mencionó, en 1956 Oscar Acosta publicó un pequeño libro de cuentos en Lima, Perú: “El Arca”, 18 cuentos en los cuales deja entrever algunos asomos de lo que será el cultivo de la ficción, aunque desgraciadamente, igual que en el caso de don Santos Juárez Fiallos, ese intento quedó aislado y no tuvo seguidores inmediatos.

Vale la pena recalcar que en 1959, Adolfo Alemán publicó el libro: “Tinajón de Barro”, que aunque todavía se vislumbran restos del regionalismo, consolida un nuevo cosmopolitismo fuera del quehacer del campo y sus recurrencias en lo que a violencia, sobre todo política, se refiere. Con sus dos libros posteriores: “Tierra Abierta” (1963) y “Arenas Movedizas” (1967), será uno de los iniciadores de lo que se ha llamado el nuevo cuento en Honduras.

En conclusión, la década de los años cincuenta es una época de transición ya que se empieza a gestar el nuevo cuento de vanguardia hondureño. Eliseo Pérez Cadalso trasciende el criollismo y aborda conflictos universales del alma humana, lo mismo que Adolfo Alemán; inclusive Arturo Mejía Nieto ya ha desembocado en referir los tormentos de la psiquis de sus personajes ciudadanos. Es decir, ya se han empezado a gestar situaciones de interés universal en donde nuevos temas, más allá del ambiente del campo y la denuncia política, empiezan a hacer acto de presencia en las narraciones hondureñas. Situación que se evidencia en la década siguiente, en la cual se desemboca en la vanguardia, con las corrientes de pensamiento que imperaban en esa década.

A partir de la vanguardia en la narrativa hondureña se abordan temas de carácter universal, lo que evidencia el deseo de los creadores de reflejar el mundo inmediato y sus ansias políticas, filosóficas y humanistas. Aquí surgen narradores importantes como Oscar Flores, Eduardo Bahr, Julio Escoto y Marcos Carías Zapata.

La década de los setentas no es de gran producción cuentística, pero aparecen narradores como Roberto Castillo, con un discurso narrativo diferente en donde critica los vicios de la clase media, hace énfasis en la crítica social y aborda temas de carácter universal en la ficción; Samuel Villeda Arita, quien elabora una crítica hacia los gobernantes y militares; también Miguel Rodrigo Ortega (1922-), en él se encuentra a un narrador nato, con pleno sentido del oficio, en donde es capaz de presentarnos desde situaciones extrañas hasta el quehacer cotidiano con la originalidad y solvencia de los mejores maestros del género.

A partir de la década de los ochentas se incrementa la producción cuentística —en las dos últimas décadas del siglo XX se publicaron aproximadamente 140 libros, lo que representa casi el 50% de todos los libros de cuentos publicados—, quizás como una respuesta a la Doctrina de Seguridad Nacional. Aquí surgen narradores importantes como Galel Cárdenas, Edilberto Borjas, Jorge Luis Oviedo, Javier Vindel y Nery Alexis Gaitán, entre otros. Y aunque se pasa por la denuncia político social, producto de la represión imperante, también se cultivan temas que reflejan la inquietud humana en todos sus aspectos, y se cultiva desde la ciencia ficción hasta el esoterismo, reflejando la diversidad y actualidad del pensamiento de los narradores hondureños.

### **El cuento psicológico y sus características**

El cuento psicológico se caracteriza porque es un viaje al interior de sus protagonistas. Las descripciones y los ambientes están limitadas al entorno vital del discurrir mental. “Echa mano de la técnica del *fluir* de la conciencia para revelarnos el estado mental del personaje y para ahondar en la presentación del conflicto psicológico” (Uwosh.edu, 2008). El origen del cuento psicológico está relacionado con el desarrollo de la psicología, en donde se empezó a estudiar la psiquis humana desde distintas perspectivas.

En el campo narrativo, el cuento psicológico abandona las formas tradicionales del contar y se empieza a cultivar el uso de la primera persona, pero sobre todo, la técnica del *fluir* de la conciencia. Cuando es en primera persona asistimos al discurrir consciente que va tejiendo el personaje para justificar sus hechos y su campo de acción, ya sea por el monólogo o el soliloquio interior. Cuando es a través del inconsciente, sin ninguna lógica aparente o bien estructurada, estamos frente a los pensamientos vivos del personaje ya sea que esté consciente de ellos o no, reflejando así la complejidad del pensamiento. Obviamente los narradores desembocarán en esta perspectiva interior producto del análisis de la psiquis, que en su momento, de una forma novedosa, desarrolla la psicología para tratar de explicar el mundo interior del ser humano, pero sobre todo para entender sus miedos, traumas e inseguridades. Así, el psicoanálisis se vuelve una forma novedosa de estudiar la psiquis humana.

El cuento psicológico presenta el mundo íntimo, personal y privado que mora en la psiquis y el alma del o los personajes. Asistimos con él o ellos a su mundo de fascinación, misterio, odios, rencores o desamor que los impulsa a tomar un curso de acción determinado. Aquí el mundo de la historia es más inmediato y el lector se siente más identificado con él, es una especie de cómplice porque ha trasgredido mundos privados hasta escarbar en el alma o en el corazón de los protagonistas. René Marqués, dice: “El cuento es para mí, de modo esencial y el último análisis, la dramática revelación que un ser humano –hecho personaje literario– se opera, a través de determinada crisis, respecto al mundo, la vida o su propia alma. Lo psicológico es, por lo tanto, lo fundamental en el cuento. Todo elemento estético ha de operar en función del personaje. De lo contrario, deja de ser funcional y se convierte en materia extemporánea, muerta”.

El discurrir interior será determinante en la acción y moldeará la trama que se desencadenará en aras de justificar la historia; es decir, cierto proceder humano. Los personajes, desnudos interiormente, nos harán partícipes de sus particulares motivaciones.

La ambientación, en su mayor parte, describirá el complejo mundo interior de los personajes, de acuerdo a la caracterización que el escritor haga de los mismos.

## El cuento psicológico en Honduras

Se puede establecer como antecedentes del cuento psicológico en Honduras, el trabajo de corte modernista realizado por Froylán Turcios. Algunas características del modelo estético modernista son las siguientes: “Tendencia al cosmopolitismo, Francia como referente cultural, reacción frente a la creciente industrialización, el poeta vive en la torre de marfil, búsqueda del arte puro, asimilación de las estéticas del parnaso y la escuela simbolista, búsqueda del placer y presencia de tono hedonista ante temas esenciales como el amor y la muerte, antiburguesía, preocupación por la autonomía poética de la América Hispánica, alusión a nobles mundos desaparecidos como la edad media caballeresca, las cortes de los Luises en Francia, los emperadores incas y aztecas, las monarquías china y japonesa, el preciosismo, el exotismo, el color y la mención de objetos y piedras preciosas” (Espinal, 2007: 14-15). En cuanto a las motivaciones interiores “el cuento psicológico durante la época del modernismo se caracteriza por un predominio de lo subjetivo sobre lo objetivo; del pensamiento sobre la acción; de lo intelectual sobre lo sentimental; los conflictos entre los personajes son personales (locuras, aberraciones, deseos insatisfechos, etc.); los ambientes pocas veces se localizan; el paisaje apenas si se le toma en cuenta; los temas son universales; los personajes con frecuencia son seres desarraigados; se distingue del cuento fantástico en que casi nunca se recurre al uso de motivos irreales; y se da preferencia a lo poético” (Uwosh.edu, 2008).

En Turcios, aunque sus personajes enfrentan conflictos personales, su narrativa —la estructura y orden temático se enmarca en el contexto modernista ya señalado—, está también inmersa y delineada en el terreno de lo fantástico. “La aparición del elemento fantástico en Honduras coincide con la obra de Froylán Turcios *Cuentos del amor y de la muerte* (1929), en una época donde la exigua producción narrativa hondureña estaba bajo el signo del criollismo y sus variantes: el costumbrismo y el regionalismo. Las amplias lecturas y los viajes de Turcios le permitieron estructurar una visión actualizada del panorama literario universal, hecho que se refleja en su obra, donde se percibe la huella de los escritores europeos que militaron en las filas del decadentismo.

Pero la preocupación por los temas fantásticos en Turcios —que se muestra con singular intensidad en «El fantasma blanco»— no tiene herederos inmediatos en el panorama literario hondureño, dominado por otro tipo de modelos narrativos. (...) sin embargo, todo parece indicar que el peso del telurismo no dejó espacios en Honduras para el desarrollo de artificios de la imaginación, como éste de Turcios, sobre todo en un contexto sociocultural tan cerrado a toda manifestación que cuestionara —de cualquier manera— el orden establecido, por lo que el «peñasco sin posible salida» permanecía ajeno a los códigos de la modernidad, atrapado en una atmósfera literaria asfixiante y aldeana. La reflexión anterior resulta fundamental ya que intenta explicar la ausencia del elemento fantástico en la literatura hondureña, prácticamente hasta 1956, pese a existir el antecedente en la obra de Turcios” (Gallardo, s.f.).

Así, este antecedente aislado de Turcios es lo más cercano que podemos encontrar a la obra de Santos Juárez Fiallos, aunque en alguna medida el cosmopolitismo del Grupo Literario Renovación —en algunos textos de Arturo Mejía Nieto y Arturo Martínez Galindo— se había acercado un poco a lo psicológico, pero sin definir ni delinear este tipo de narrativa; en ellos, su mérito mayor consiste en haber roto esquemas de corte romántico.

Santos Juárez Fiallos empezará a publicar sus relatos a finales de la década de 1930. Los protagonistas de sus cuentos son ciudadanos y ha trascendido el ambiente rural, lugar común de las tramas de ese momento. Recuérdese que en esta época lo que imperaba en la literatura hondureña era el regionalismo; y, tristemente, la experiencia narrativa de Turcios y Juárez Fiallos no tuvo seguidores. Los escritores estaban preocupados por describir las faenas del campo y retratar las injustas condiciones de vida del campesinado. “En otras palabras, la Honduras de los años ’20 y ’30 —con una economía centrada en el banano, la política dominada por caudillos locales que desembocaría en el oprobioso *cariato* y una vida cultural prácticamente inexistente— no era precisamente el terreno más fértil para que se desarrollara una narrativa de corte fantástico” (Gallardo, s.f.).

La obra de Santos Juárez Fiallos se constituye en una experiencia completamente distinta —y casi única— en la narrativa hondureña a partir de la década de los años treinta,

ahondando en conflictos psicológicos y sociales que no se habían trabajado hasta ese momento, sobre todo, en un entorno ciudadano.

## SEGUNDA PARTE

### **Características de la obra cuentística de Santos Juárez Fiallos**

Como todo buen cuentista, don Santos filosofaba sobre el género y su efectividad, concepciones que se hacen evidentes en sus escritos, él planteaba que “no debe haber exceso de personajes en el cuento. No se parará en fruslerías, se debe ir al grano, sin digresiones, sin fatigar la atención. El cuentista llevará de la mano al lector, y éste no ha de ver lo que ignoren los protagonistas.

El autor llevará su secreto, sin mostrarlo, en el puño y como un mago moderno, en el momento propicio del final, podrá descubrirlo, colmando así las expectativas de quienes buscan en las letras las emociones que otros hallan en el estadio, en el circo o en los cosos taurinos.

No se insistirá en lo obvio, ni se subestimaré la inteligencia del lector. Debe discurrir el relato con naturalidad, en que lo extraordinario no parezca chocante ni traído de los cabellos.

En fin, más que por reglas determinadas que deba seguir el cuentista el éxito de un cuento ha de juzgarse por el interés que concita la lectura del mismo, y sentir al final remembranzas de morosas esencias.

El verdadero cuentista nunca es un cronista o informador del humano devenir. Tampoco es un trabajador social o encuestador, ni testigo de cargo.

Mayores analogías tiene con el poeta —si no lo es en realidad— cuyas manos no consignan un registro pormenorizado de hechos, sino una cuasi lírica visión de cosas llenas de

humanidad y ternura a las cuales nadie puede ser ajeno” (Juárez Fiallos, 1989: 6-7). Postulados a los cuales trata de ser fiel a lo largo de toda su obra narrativa.

La generación criollista estaba en su apogeo al iniciar Juárez Fiallos su producción. “Si en algo coinciden la mayoría de los cuentistas de estas generaciones es en el tema de la violencia que siempre estuvo presente, éste se aborda a partir de un enfoque determinista; cierto aire naturalista aflora en los relatos de hombres borrachos que se vuelven asesinos por los efectos del alcohol” (Oviedo, 2000:10). El mayor acierto en la narrativa de Santos Juárez Fiallos es haberse apartado del regionalismo imperante, más allá de la violencia y del entorno campestre.

La obra de Juárez Fiallos se caracteriza porque en primer lugar la ambientación es citadina, los personajes se mueven en el entorno de la urbe; y, en segundo lugar, porque están enfrentados a conflictos de carácter personal, íntimo o en un entorno familiar que les genera ansiedad, angustia, ira o dolor.

La acción en los personajes está encaminada a resolver una situación de corte interior, al tratar de justificar o condenar determinado hecho ocurrido o relacionado en sus vidas. Vale decir que es imprescindible acercarse a ellos para conocer sus motivaciones, las cuales reflejan una condición de naturaleza personal y no general.

Los temas abordados reflejan preocupaciones y situaciones existenciales, que tienen más que ver con la condición humana en general que con conflictos sociales o políticos. Lo anterior abrió una brecha en el regionalismo, y esta experiencia narrativa desemboca en la descripción de los tortuosos caminos de la psiquis humana.

Para describir situaciones que reflejen determinado proceder, sobre todo en lo característico a determinado rasgo psicológico particular —como es evidente en algunos de sus personajes—, Juárez Fiallos recurre a la psicología, se nutre de las corrientes del pensamiento en boga que estudian el comportamiento humano. Asimismo recurre a las lecciones de los grandes maestros del género. “Por el ambiente de estos cuentos



observamos que Santos Juárez Fiallos se ha nutrido por una parte, de las lecturas científicas de Sigmund Freud, Carl Jung y por otra, por las influencias literarias de la nueva narrativa argentina: Jorge Luis Borges, Ernesto Sábato y Julio Cortázar. Técnicamente los cuentos están bien estructurados. En ellos se emplean nuevas técnicas como la ambigüedad, el desdoblamiento, la introspección, la superposición de planos y el monólogo interior, que colocan a Santos Juárez Fiallos en la vanguardia de la narrativa hondureña.

A nivel temático, Santos Juárez Fiallos consolida y define el cuento psicológico en Honduras, ya iniciado anteriormente (aunque con rasgos todavía no muy bien delineados) por Arturo Martínez Galindo (SOMBRA, 1940) y en el campo novelesco por Arturo Mejía Nieto (LIBERACION, 1940). Santos Juárez Fiallos crea pues un tipo de cuento nuevo, urbano, donde analiza y plantea los problemas y preocupaciones de una clase media en ascenso en el panorama de la sociedad hondureña” (Salinas, 1991:272-273).

“El autor (Juárez Fiallos) incorpora una visión renovada en el quehacer narrativo especialmente porque la problemática de sus historias se ubica en un ámbito urbano. La construcción de una anécdota interesante con un final sorpresivo, lo humorístico, el detalle que recoge la cotidianidad de la existencia y el relato de matices psicológico-fantásticos son aspectos dominantes” (Umaña, 1999: 175).

Estamos frente a una obra que refleja inquietudes existenciales o cotidianas. Umaña plantea que “en ninguno de los cuentos, observamos los laberintos propios de la introspección o el monólogo interior, caminos usuales del cuento psicológico. Tampoco cuando el narrador es omnisciente —mediante la técnica de la comprensión psicológica— se advierte el análisis de las motivaciones interiores del espíritu” (Umaña, 1999: 180). Quizás a nivel formal, el cuento psicológico de Santos Juárez Fiallos no transite por los usuales caminos del género, pero sí es indudable la motivación y el conflicto interior que abrasa a los personajes. Todo esto con un lenguaje bien estructurado y con una capacidad narrativa sorprendente. La estructuración de sus cuentos deja entrever un gran dominio de la técnica a nivel formal y temático; el uso de la primera persona es muy acertado. Su narrativa tiene el mérito de

haber sido novedosa en un momento en que el relato hondureño se había anquilosado en el regionalismo.

### **La obra cuentística de Santos Juárez Fiallos**

Santos Juárez Fiallos fue poeta, narrador y periodista. Nació en Comayagüela, Distrito Central, el 8 de julio de 1916 y murió en septiembre del 2005. Estudió Magisterio y se graduó de Licenciado en Ciencias Jurídicas y Sociales en la Facultad de Derecho de la Universidad Nacional Autónoma de Honduras. Fue Jefe de Redacción de la revista “Tegucigalpa”, director del semanario “El Tiempo” (1951) y director del Diario “Prensa Libre” (1954). Fue miembro fundador de la Asociación de Prensa Hondureña y del Pen Club de Honduras, en cuyas directivas fungió como Secretario durante varios períodos. Fue miembro de la Academia Hondureña de la Lengua, en la cual fue Subdirector. Residió en Tegucigalpa y fue colaborador de diversos suplementos literarios. Se le otorgó el Premio Nacional de Literatura Ramón Rosa en 1990.

Su obra publicada es la siguiente: **CUENTO:** Los Alegres Años Veintes y Otros Cuentos Hondureños, Tegucigalpa (1989), El Fugitivo (inédito). **POESÍA:** Sólo es el Viento Amada (1982). Cincuenta Sonetos (2004), en la Revista de la Academia Hondureña de la Lengua, No. 10, enero-junio. **NOVELA:** La Posada del Gato Pardo (inédita). **ENSAYO:** La Vida de Adolfo Zúñiga (inédito). **TEATRO:** Motivo Familiar (s. f.).

Como ya se ha mencionado anteriormente, Santos Juárez Fiallos empezó a publicar sus relatos allá por 1937, en revistas y periódicos. Al respecto, Manuel Salinas rastrea los orígenes de la obra de este singular narrador. “Santos Juárez Fiallos inicia su creación literaria en la Revista Tegucigalpa, bajo la protección de su director, Alejandro Castro padre. En 1937 publica algunos sonetos y fragmentos de prosa fantástica. En esa prosa, se perfila ya la génesis narrativa y temática de Santos Juárez Fiallos.

Durante la segunda etapa de la Revista Tegucigalpa, colabora activamente con Alejandro Castro hijo. Es nombrado Jefe de Redacción y en algunos momentos editorializa para la

misma. En esta época publica su primer cuento titulado COMPENSACION. Con ese cuento, Santos Juárez Fiallos rompe con la narrativa rural-costumbrista cultivada por algunos escritores de su generación, para abordar una temática urbana, una temática moderna, que desde ese instante será una constante en toda su creación narrativa.

Santos Juárez Fiallos se revela entonces como un gran narrador y como un innovador del cuento en Honduras; y estimulado por la crítica, continúa su labor creativa. Así por ejemplo en la década del 50, publica algunos cuentos en la Revista La Pajarita de Papel (órgano del Pen Club de Tegucigalpa) y en la Revista Extra dirigida por Oscar Acosta. Sobresale el cuento EL ARMA EN LA MENTE. En la década del 60 y 70, publica nuevamente otros cuentos en la Revista Presente y en la Revista Honduras Literaria, órgano de difusión cultural de la Universidad Nacional Autónoma de Honduras. Se destaca el cuento EL HOMBRE QUE NO QUERIA HABLAR. En todos esos cuentos, prevalecen elementos fantásticos, introspectivos y científicos, que poco a poco irán configurando el mundo psicológico y el ambiente urbano de su producción posterior.

Más tarde, el crítico chileno Antonio de Undurraga le selecciona cuatro cuentos, publicados en el libro HONDURAS, FABULAS Y CUENTOS. Merece especial mención el titulado EL MILAGRO. Lo mismo realizan Oscar Acosta y Roberto Sosa en la ANTOLOGIA DEL CUENTO HONDUREÑO. Le publican PASAJES GRATIS, donde enfoca el problema de la libertad de expresión. Y en 1968, la Revista Sucesos Centroamericanos, le publica un cuento eminentemente psicológico-científico: SACRIFICIO POR LA CIENCIA” (Salinas, 1991: 271-272).

Como podemos deducir, a lo largo de varias décadas Santos Juárez Fiallos mantuvo una presencia narrativa constante, la que culminó con la publicación de su único libro de cuentos “Los Alegres Años Veintes y Otros Cuentos Hondureños”. Asimismo dejó otro libro de cuentos, “El Fugitivo”, el cual está en poder de sus herederos, pero hasta el momento se encuentra inédito.

## Los Alegres Años Veintes y Otros Cuentos Hondureños

“Los Alegres Años Veintes y Otros Cuentos Hondureños”, es una colección de veinticuatro cuentos, que en su mayoría ya se habían publicado a lo largo de los años en periódicos y revistas. Es el compendio de la obra que Santos Juárez Fiallos fue elaborando a través de las décadas en donde se encuentra a un narrador con talento y con pleno sentido del oficio, “con un perfecto dominio del género narrativo” según Manuel Salinas.

“Lo cotidiano de apariencia intrascendente es el filón de donde Juárez Fiallos extrae el material de la mayoría de sus cuentos: el pequeño dato que, paradójicamente, concentra el meollo o la clave de una vida” (Umaña, 1999: 175).

El dato no proporcionado u omitido, una situación usual pero con una intención determinada, o lo ambiguo, siempre está presente en estas narraciones. En el relato que abre el libro “Sacrificio por la ciencia”, narrado en primera persona, nos encontramos con un viajero que ha llegado a Europa (recuérdese lo acertado de la locación, más allá de lo bucólico) en pos de alguna aventura:

*“Una fría madrugada amanecí en una ciudad portuaria al norte de Europa. Era huésped de un hotelito que más parecía casa de familia, cuya vista daba al mar. Pagaba unos pocos marcos de renta y habiendo llevado dólares, cuando de verdad valían, me sentía optimista”* (pág. 11).

*“...Eché un vistazo por la ventana; a lo lejos, la dársena, vapores anclados. Una flotilla de pesqueros y barcos de cabotaje emergía como tupida empalizada sobre el mar brumoso; vehículos raudos, pitazos roncós de sirenas, como lamentos de monstruos atormentados, penachos de humo oscuro de los trenes. En fin, Bremen, Hamburgo, o Kiel. ¿Qué más daba? Algunos peatones abrigados cruzaban desafiando la inclemencia de aquel cielo gris de plata repujada”* (pág. 12).

El viajero acompaña a un amigo para tratamiento médico. En el hotel encuentra una camarera y es inevitable la intimidad, la cual está descrita con mucha delicadeza:

*“Ella demostraba audacia y saber dónde iba. Sintió bajo sus manos los latidos fuertes de un corazón que así expresaba lo que callaban mis labios. Entonces, puesta de pie, rota ya la barrera de los prejuicios, llevó igualmente mi diestra hacia el nido tibio en que alentaba su joven corazón.*

*Latía sordamente con el ritmo de un tamborero loco en la selva milenaria del instinto. El frío de la noche caía sobre el puerto adormecido y mil luces de colores guiñaban extrañamente bajo el confeti blanco y silencioso de la nieve. Por contraste, aquí adentro había calor, sangre cálida en las venas.*

*Me enloquecían los latidos y mi mano se posaba como un pájaro cansado sobre una tersa colina.*

*Sin proponernos, bailábamos. De su cabello que rodaba en cascadas por su espalda subía un perfume estimulante. No era posible sentirla más cercana. No existía espacio entre ambos, ella lo sabía.*

*—¿En qué piensas ahora? —me dijo en un susurro.*

*—Pienso en que por mis venas ‘ascienden regatas festivas’ —le dije.*

*—¿Por qué hablas con símbolos, bien mio? —dijo tuteándome por primera vez en español.*

*Aquello fue otra revelación. No era ella lo que aparentaba. Mi admiración subía como un termómetro. ¿Quién me aclararía el misterio? Mas, ahí, estaba aquella mujer de carne y hueso que vibraba. La estreché con fuerza al responderle:*

*—Alicia, ¿cómo pudo haber ocurrido este milagro?*

*Cuando afirmo que ella sintió que aquello de regatas festivas en las venas, no era una figura literaria, digo verdad. Una verdad que no pudo ser encubierta.*

*Ambos sabíamos que en iguales circunstancias existe una mecánica que rige los actos humanos. Algo que se repite desde el alba de los tiempos, lo que nadie ha inventado porque ha estado siempre, tan objetivo como un inmenso mástil de mesana desplegando al viento sus velas” (págs. 16-17).*

Es importante hacer énfasis en la virilidad a que hace referencia el personaje, que es la situación central del cuento. Él se ha registrado con otro nombre en el hotel, y la camarera resulta ser una doctora que estudia psicoterapia. Consuman el acto: *“Anuladas las*

*distancias, ella debe haber sabido que aquel no era el pobre bajel desarbolado que había supuesto” (pág. 19). La doctora lo ha confundido con su amigo, el verdadero paciente que sufre de impotencia y al cual desea curar, y éste se aprovecha de la situación recibiendo un tratamiento muy a su placer.*

En “La Botija”, narrado en primera persona, un coleccionista de antigüedades vende un cuadro bajo la vista y paciencia de un amigo. Las reflexiones sobre cierta conducta del género humano están presentes:

*“Porque la malicia de las gentes que se mueven para obtener provecho, armando tretas para engañar incautos, se encuentra en todas las razas del mundo” (pág. 22).  
“...la tentación nace de la oportunidad, y en estos tiempos, ya no hay combinaciones ni cerraduras o escondrijos capaces de contener la codicia de los hombres” (págs. 22-23).*

El coleccionista decide enterrar su dinero, pero días después va a revisar su botija y descubre que su amigo se la ha robado. Haciéndole creer que va a enterrar más monedas hace que el amigo de lo ajeno devuelva lo robado, y él deposita su capital en un banco. El humor está presente en esta narración que se cierra con un insulto característico por parte del ladrón, al haber sido descubierto y engañado.

En “Un hombre de criterio”, bordeado con rasgos de humor, se aborda la hipocresía humana. Don Demetrio empieza afirmando que Melgarejo Padua es un gran literato; conversación que ha entablado con dos contertulios compañeros de trabajo. Cuando éstos lo cuestionan, cambia su parecer en una actitud acomodaticia, concluyendo que la obra del literato no tiene ningún valor. Cuando el escritor se presenta, los tres le fingen una admiración que no sienten. Al final los contertulios se despiden con cierta vergüenza; quizás su pobre condición humana de deslealtad les remuerde en la conciencia.

En “Pasos en la noche”, narrado en primera persona, con mucha soltura y con atisbos de ironía, un médico se enfrenta a un dilema ético al plantearse si debe aplicarle la eutanasia a un paciente:

*“Quisiera actuar con el juicio de un hombre limpio y prudente, que supiera encarar esta situación. Yo procedería igual. Pero a veces no caben las consultas y hay que parir solo, como una bestia en la montaña.*

*Hay que convencerse: que cada quien lleva su propia carga. Que cada uno responda por sus actos. Es fácil decirlo. Otra cosa es asumir la responsabilidad y actuar.*

*He repasado toda una serie de argumentos que justificarán ante mi conciencia —que no ante un magistrado corriente— una decisión que alguien debe tomar. Está visto que yo solo resolveré el conflicto” (pág. 38).*

El paciente ha sido un prestamista y ha obtenido su fortuna a base del dolor ajeno; si muere antes de los setenta años su fortuna será para los niños pobres, después de esa edad tomará otro rumbo, no se precisa cuál. En tres horas el paciente llegará esa edad. El médico, ante la situación irreversible de su paciente y por el peso de lo que representará ese dinero para los niños, decide optar por la eutanasia; en el momento que él administra la dosis fatal, el paciente mira a alguien más; finalmente el médico comprende que en ese instante había convocado a la muerte:

*“Bien dicen que el tiempo es el gran misterio y que no rige el mismo en todas partes. Ahora el tictac parece que fuera a detenerse. Mantengo por un rato los ojos cerrados, e intuyo una presencia sobrehumana en el aposento y siento un malestar desconocido.*

*Me despabilo y veo que Juan Vaccaro, mi paciente, a través de su somnolencia, mira a su médico e igualmente hacia otro punto del recinto que obliga a volver la vista a mí también, pero no encuentro nada, no veo nada.*

*Pongo la jeringa sobre la mesita y ligo su brazo izquierdo arriba del codo; instintivamente él cierra el puño, resalta la vena.*

*Pongo de nuevo la jeringa en posición vertical. Con algodón empapado en alcohol desinfectando cuidadosamente el punto deseado. Sube el líquido uno o dos milímetros.*

*Han pasado unos segundos, pongo la inyección.*

*Ahora he comprendido... he comprendido de quién eran los pasos” (págs. 39-40).*

En “El bazar del anticuario” el dueño, un anciano, atiende a un cliente que busca jarrones. En la simple oferta y la demanda el dueño va escrutando a su cliente hasta que éste se decide por un jarrón maya:

*—Aunque no sea perfecto... muéstrémelo —dijo el cliente, volviendo a sonreír afable.*

*—Qué intuición la suya —dijo el tendero— de veras tiene un pequeño defecto, una grieta imperceptible, casi en el borde, pero vale un tesoro.*

*Las manos sarmentosas del anciano trajeron el jarrón, cerrado herméticamente. Lo puso sobre el mostrador y cruzó los brazos. Estudiaba al cliente con el interés que un químico pone en una reacción importante de probeta.*

*El visitante lo levantó a la altura de los ojos, interesado al parecer en percibir los detalles. Al intentar destaparlo sin éxito, intervino el dueño:*

*—Permítame que lo abra para que vea su interior...*

*—No se moleste —dijo el hombre— déme el precio y le pagaré.*

*—Siento mucho advertirle —dijo el viejo— que ese jarrón no está de venta. Pertenece a mi único hijo y quiero conservarlo.*

*—¡Oh! Cuánto lo siento —dijo el hombre— pero deseo quedarme con esta pieza. Usted lo expone en su comercio y la ley obliga a sostener la oferta. Además, pagaré quinientos... diez veces su valor.*

*—No lo vendo por ningún precio —dijo el hombre lentamente— y ya no sonreía.*

*—Considere que la posesión de este objeto no le devolverá la vida de su hijo... y si lo vende, hará un buen negocio. ¡Y cómo están los tiempos!*



*El corazón le dio un fuerte vuelco de campana al tendero y sintióse desfallecer. Sentóse por un breve lapso y con un paño suave se enjugó el sudor de la frente”*  
(pág. 43).

El cliente no es un comprador ocasional, deliberadamente había elegido esa tienda, en busca de algo. El tendero, al conocer que el cliente sabe que su hijo ha muerto, lo identifica como el asesino; el cliente al aportar este dato deja en evidencia su culpabilidad. Un tesoro colonial había sido la causa del asesinato de su vástago. Con la certeza absoluta que el cliente es el hechor, el anciano lo mata fríamente —había esperado con paciencia resarcir la afrenta— mientras une las partes de un mapa que señala el tesoro:

*“El cliente estaba trémulo y su rostro color ceniza parecía haber envejecido. Adelantó su diestra deseoso al parecer de decir algo, pero sus palabras se ahogaron en la garganta. Sonó un disparo que hizo caer arenillas. Como un cerillo que arde, se fue retorciendo el hombre con los ojos desorbitados y se desplomó como un fardo. Una figura de color sepia oscuro, fue dibujándose sobre el piso...*

*De en medio de los mostradores, salió el viejo. Pronto se convenció de que el hombre expiraba. Por fin quedó quieto con una mueca grotesca de espanto. De la bolsa interior del saco le sacó una cartera de cuero negro y de ésta, un trozo de pergamino que puso sobre la vidriera. Apartó con el pie el casquete roto de jarrón y extrajo del mismo otro pedazo de pergamino que hizo coincidir con el primero, hasta formar el plano original de las grutas que su hijo había explorado durante años.*

*Con sus cruces, flechas y señales, ahí estaba ante su vista una guía para desenterrar el tesoro de lingotes y doblones que yacía en su escondrijo.*

*Suspiró muy hondo abstraído, habiéndolo sacado de sus cavilaciones el silbido de la tetera que hervía en la trastienda. Materialmente se hundió en un mullido sillón y quedó viendo algún punto que estuviera suspendido en el aire. Pensó en la inutilidad de los bienes que ya no pueden ser compartidos con el ser amado.*

*Ardían las llamas de la chimenea en aquella hora desapacible. Al ver que chisporroteaban rojos los carbones, tuvo el impulso de echar los planos al fuego, pero sabiendo que podría utilizarlos en el juicio los puso en otro jarrón. Llamó por teléfono a la policía... y se sentó a esperar” (págs. 44-45).*

“El hombre que no quería hablar” se desarrolla en una taberna donde jóvenes van a tomar cerveza. Uno de ellos, Toribio, bajo los efectos del alcohol empieza a injuriar a Calandraca, bebedor consuetudinario. Los improperios continúan y Calandraca, que no es el borrachito común —siempre mantiene una actitud de dignidad, se asemeja a “un director de orquesta o un pensador”—, increpa a Toribio lanzándole unas palabras fulminantes sobre su progenitor:

*“Apoyó sus manos largas de amanuense sobre la mesa, se puso de pie. Ya no era el viejo que entrara arrastrando los pies momentos antes. Parecía más alto, con un fuego extraño ardiéndole en los ojos ya marcados por el halo azul de la edad senil. Estaba firme sobre las delgadas piernas entreabiertas. Había algo de mesiánico en su aspecto, al viento los cabellos, como un juez terrífico en el momento de dictar sentencia o como un profeta antiguo dispuesto a fulminar con rayos o anatemas.*

*Se hizo un silencio profundo que ya ni el mismo Toribio se atrevió a perturbar. Con paso lento se acercó al muchacho que parecía sobrecogido por un temor supersticioso inexplicable y tomándole con la diestra fuertemente de la solapa le dijo, lenta y vigorosamente estas palabras:*

*—Pregúntale a tu madre... quién es tu padre.*

*Lo soltó... y se fue despacio, por donde había entrado” (pág. 50).*

La ambientación en “Los alegres años veinte” está muy bien lograda:

*“Corría la década de los años veinte, anteriores a la depresión, tiempos del cine mudo, de Alice Terry, Pola Negri y Clara Bow, de galanes de pelo engomado, como Valentino, Nil Aster, Adolph Menjou y Ronald Colman, de las flappers y del*

*charleston, en que la vida discurría placentera y los alegres vecinos del norte, por un quitame allá esas pajas nos mandaban los “marines”, o nos atravesaban un crucero frente a los pequeños puertos bananeros de estos lares.*

*En la calle del Comercio, que un alcalde bruto bautizó como “Main Street”, circulaban últimos modelos de los autos Ford, de capota, guardafangos como aletas, manubrio al frente para encender y rueda de repuesto en la espalda, como parche poroso” (pág. 51).*

Es de hacer notar que el humor se encuentra presente a lo largo del relato. La inflación, que trae consigo el encarecimiento de la vida, da origen a cierta descompostura social, en este caso, de una forma peculiar:

*“Luego se produjeron los secuestros de funcionarios y personas importantes, efectuados por un Grupo Revolucionario Urbano (GRU). Los rescates no se pedían en dinero, sino en provisiones de boca, como harina, manteca, jamones, trigo, etc., y a veces en animales de diversas clases. Y en efecto un clérigo fue canjeado por un verraco, la alcaldesa, por una vaca horra, un leguleyo por una corneja; un político, por un camaleón; algunos comerciantes por aves de cetrería, linceos o gatos cervales y un coronel, por un lagarto del Golfo de Fonseca, todos sacados del zoológico nacional.*

*Alguien comenzó a sospechar que algún mensaje podía haber en tales exigencias. Ciertas señoras del Club de Canasta, por las dudas se surtieron de una provisión de cacatúas. ¡Es tanpreciado el bien de la libertad...! (pág. 52).*

En este ambiente festivo, dos violinistas visitan a un abogado. Éste, para lucirse, toma el teléfono y les hace creer que está hablando con el presidente. Los violinistas son unos secuestradores, que finalmente resultan ser empleados de la compañía de teléfonos.

En “El milagro”, narrado en primera persona y con cierta dosis de humor, asistimos a lo que pudo ser el primer amor de un niño de catorce años. Llega una joven inquilina a la casa y él se deslumbra; ella tiene un amante y al morir éste abandona la casa por no poder pagar

el alquiler. La partida de la dama es atribuida, ingenuamente, a San Antonio de Padua, a quien el adolescente había solicitado el favor que retirara a su “contrincante”:

*“Mientras rumiaba mi pena y me tragaba mis lágrimas, increpé al Santo para decirle:*

*—San Antonio, si los hombres deben ser prudentes... ustedes los Santos deben serlo en mayor grado... ¿No entendiste que así... con esa chambonada ella se marcharía? ¿Por qué impediste que volviera el General?”* (pág. 62).

En “La cita” se abre el discurrir psicológico de un taxista, y su peculiar forma de concebir su oficio:

*“Soy imaginativo, y si no fuera conductor de alquiler —que periodista de esta clase no me hubiera gustado ser— también pude haber escrito novelas para ganar el pan. Para mí el coche es algo más que un artefacto sobre cuatro ruedas, del que se sirve la gente cuando quiere viajar. Lo considero como un cubículo de siquiatria. Aunque el cliente vaya ensimismado, lo voy escrutando. Si va callado, su silencio me indica algo. ¡Y las cosas que uno intuye oyendo las conversaciones! Jamás intervengo, porque es regla del oficio ser discreto. Pero si me dan participación, a veces suelto el mirlo”* (págs. 63-64).

Ese día intuye que tendrá una experiencia inusual. Un caballero aborda su taxi, y por las características de su proceder, él concluye que va a una cita de amor; la dirección que le da el cliente resulta ser la de su propia casa. Con sorpresa intuye la realidad; espera que los amantes se reúnan y los agrade mortalmente, el final así lo sugiere:

*“Yo también entré por el jardín. Como quien levanta una joya tomé del césped una pequeña barra de acero que alguien había utilizado en labores de jardinería. Me detuve en la entrada, abrí con mi llavín y a oscuras subí lenta, silenciosamente sus veintiún escalones... y empujé la puerta entornada.*

*Al volver al coche yo era otro hombre y parecía que hubiera transcurrido un siglo. Un agente de policía explicaba que había estacionado en un lugar prohibido... Con voz calmada le dije: `Buenas noches agente. Es posible que lo asciendan. Guárdese su esquila y saque sus esposas, porque esta vez usted va a llevarse a alguien que debe responder por algo más grave que una simple infracción de tránsito`.*

*Algo debió convencerlo, porque alrededor de mis muñecas extendidas, con un seco ruido metálico se cerraron las manillas” (pág. 66).*

De tema similar es “El hombre de la americana” en donde el personaje nos empieza a contar su historia desde un quirófano. Aparte de comprar cosas extrañas, como una daga florentina, es un compulsivo cleptómano. Asiste a una exposición de pintura y un hombre con una americana, posiblemente un turista, le recuerda a Helen, su pareja, por el perfume que usa:

*“No sé por qué al sentirle fragancia de lavanda, recordé a Helen. Un día le pregunté si había cambiado su perfume Taj-Mahal, por otras esencias varoniles” (pág. 69).*

Lo acucia su mal hábito y le roba al hombre su billetera:

*“Ante aquel turista rico, sin duda, se despertó mi instinto profesional. El tipo con su indumentaria y su aire despreocupado, me hizo ponerme en guardia, como un perdiguero que señala la presa. Para mi suerte, se produjo uno de esos conocidos apagones con que interrumpe la monotonía de la vida, la empresa de electricidad. Entonces, actué con rapidez, se produjo un encontronazo, hubo algunos gritos de mujeres nerviosas, pero yo logré alcanzar la calle” (pág. 69).*

Ahí lo espera el mayor desconcierto —es de hacer notar la maestría en el argumento—. En la billetera encuentra una foto con dedicatoria que ha escrito Helen. El final ambiguo

sugiere que destroza la foto o atenta contra él mismo, que es lo más probable, porque nos está hablando desde el quirófano:

*“Entonces me dirigí hacia donde había aparcado la máquina, para regresar por Helen. Vi también, que el Palacio de Bellas Artes estaba de nuevo iluminado. Ya en el coche, abrí con manos temblorosas la cartera recién sustraída. A la luz interna del coche hice un nuevo inventario: había dólares, unas llaves, boletos de viaje, etiquetas, una libreta de cheques, una foto de mujer. Veamos qué dice al reverso, pensé. Decía así: ‘Para ti, con todo el amor de HELEN’.*

*Ahí estaba aquella mala letra que yo tanto conocía. La sangre me golpeaba en los oídos. Le di vuelta a la cartulina. Era el retrato de Helen, sonriente, mostrando su gracia innata, su encanto.*

*Espero que nadie encuentre extraño que allí no más, dentro del coche, yo haya utilizado aquella hoja acerada que compré en un bazar de antigüedades, ni que Helen se haya quedado esperando a que yo la fuera a recoger” (pág. 69).*

En “La mujer en el ómnibus” se describe el ambiente típico, opresivo, del transporte urbano:

*“La atmósfera era pesada; se percibían los más disímiles olores; a gasolina quemada, cosméticos y maquillajes baratos, a pescado seco, a manzanilla y frutas tropicales, pero también se captaba el rastro inconfundible del sudor.*

*Un frenazo repentino del vehículo nos sacó de aquel sopor. Una niña de seis años pegó su frente con violencia contra el parabrisas y se puso a llorar. La madre, condolidada, la toma en brazos, la soba cariñosamente y al mismo tiempo viendo de soslayo al piloto dice en alta voz:*

*—Cállese mamita... y agradezcamos que esta bestia no nos ha matado aún” (págs. 71-72).*

De pronto aborda una mujer hermosa que impacta al narrador de la historia, y entabla conversación con ella esperando obtener alguna gratificación sensual. El relato da un

vuelco cuando se da cuenta que la mujer va al hospital a ver a un hijo enfermo, él la acompaña pero el niño ha muerto, por lo que se compadece de ella, y despidiéndose, en un acto de caridad, le da dinero para que le lleve flores al hijo:

*“La estreché fuertemente contra mi pecho, mientras seguía sollozando. Tampoco ahora hallé nada que decirle, pero no sentí que el corazón me repicara como antes. Le entregué un billete doblado para que le llevara flores. Y esta vez no quise acompañarla al término del viaje”* (pág. 74).

En “Un extraño en el espejo” un hombre está solo en su casa, momentos antes ha oído que un homicida peligroso, de quien dan las señas, se ha fugado. En un momento pasa frente a un espejo y mira su imagen, pero sorprendentemente ésta no responde a la mecanicidad de sus movimientos:

*“Ahí estaba ese hombre al frente... Era mi propia imagen virtual. Pero mientras yo mantenía mi vista fija, noté con asombro que el otro parpadeaba. Ante tamaño absurdo, no pude evitar una sonrisa, tal vez un tanto nerviosa, porque sentí un escalofrío en la espalda. Pero el hombre que tenía al frente permanecía serio. Además, para completar mi desconcierto, noté que el sujeto del espejo tenía cerca del ojo derecho un lunar oscuro. Me llevé la mano al rostro para palparlo, pero advertí que el otro no había movido su brazo y yo comprobé que no tenía en mi cara ningún lunar”* (pág. 76).

Esta extraña situación es rápidamente explicada, ya que no se trataba de un espejo, sino de una ventana; el individuo ha entrado furtivamente a la casa y responde a las señas dadas por la policía:

*“Tardamente descubrí que yo no estaba en el espejo, sino frente a una ventana y que delante de mí tenía a un desconocido que se parecía a mí como si hubiéramos sido mellizos.*

*Puse todo mi empeño en serenarme. Estaba confundido en mi propia casa. Era algo divertido, apasionante además. ¿Qué iba a decir mi mujer cuando se lo contara todo? Se iba a morir de risa.*

*Claro. Aquélla no era mi imagen sino la de un desconocido cuyo físico coincidía con las señas dadas por la policía” (pág. 76).*

Ahora el extraño lo sigue y él en actitud medrosa —¿tratará de robarlo o matarlo?— le entabla conversación. Se escucha que llega la policía, entran a la casa, pero en vez de arrestar al desconocido se lo llevan a él unos empleados de salud:

*“Cuando entraron al aposento varios agentes encañonándonos, me sentí siempre en calma. Pero me rodearon y en menos que se persigna una beata, me habían inmovilizado. Admiré la astucia de la policía. Con aquella estratagema querían sin duda, desimpresionar al malvado que estaba frente a mí, hasta que pudieran caerle de improviso. En el fondo yo me reía... Pero...*

*La cosa no salió como yo pensaba. Cuando vi que el otro conversaba serenamente con ellos, comencé a alarmarme. Creí comprender y cuando me llevaban, a gritos les pedí un recibo por el revólver que dejaba en la gaveta. Nadie me atendía. Entraron luego otros tipos musculosos vestidos de blanco, y me pusieron una camisa de fuerza...” (pág. 78).*

Se supone que el narrador es el dueño de la casa, pero la ambigüedad está presente: quién es quién, por qué el asombroso parecido; obviamente aquí hay aquí una superposición de planos mentales. ¿El que se cree dueño de la casa es en verdad el peligroso asesino?; o ¿es el asesino el que aparenta ser el dueño de la casa cuando llega la policía? Este intrincado dilema psicológico nos remite a aceptar todas las verdades posibles ya que se pone en duda la cordura del narrador.

“El arma en la mente” basa su trama en el poder de la voluntad, es decir, en determinada conducta psicológica. Un individuo —que no porta ningún arma— está a punto de ser



asaltado. Él primero se convence a sí mismo que está armado y en el momento en que el otro se dispone a asaltarlo visualiza su defensa abatiendo al malviviente:

*“El hombre no dijo más. De repente, con agilidad felina, apoyándose en la barra transversal de la baranda, saltó y puso un pie en el travesaño. Un segundo después habría estado junto a mí. Pero ah, se quedó paralizado. Como si hubiera sido integrante de comandos, como el rayo, me llevé las manos a la cintura y al abrir las piernas resonó un ruido de tacones un segundo antes de abatirlo a tiros...”* (pág. 81).

El delincuente, influenciado por el poder de la mente del otro —o quizás por el mensaje corporal enviado como si en verdad su víctima estuviese armada—, desiste de su indigna hazaña y se retira.

*“Así lo comprendió el hombre, porque literalmente, echó pie atrás; con gran sigilo fue retirando otra vez la pierna, como si la hubiera tenido sobre una ratonera gigantesca y temido verse atrapado”* (pág. 81).

En “Pasajes gratis” dos periodistas acuciados por las deudas deciden escribir un editorial en contra del gobierno. Ya que éste *“era arbitrario y expatriaba a los opositores”* (pág. 85), lo que ocasiona que, junto al director del periódico —que era un anciano reaccionario y dominado por su esposa—, los saquen del país rumbo a una nación que ellos deseaban conocer. El señalamiento sobre la falta de libertad de expresión es evidente.

“El talento” aborda uno de los tantos aspectos de la avaricia, Francisco, mediocre para todo, su único talento era hacer dinero en transacciones burdas, así se lo dice a su jefe que le ha solicitado un préstamo.

En “Las casas de piedra” un matrimonio recuerda a su hijo muerto en la guerra. Conminan a su otro hijo a que siga ese ejemplo de valor. Pero éste, crápula total, se niega a irse en un

convoy a morir en una guerra, al tiempo que deja en evidencia la hipocresía familiar, al señalar que la muerte de su hermano resultó un buen negocio para el padre:

*“—Bueno padre, aquí está la respuesta: JAMAS ME ENLISTARE EN NINGUN CONVOY QUE VAYA A ULTRAMAR A DEFENDER LA LIBERTAD Y LA DEMOCRACIA, al morir mi hermano, usted, beneficiario de su muerte, recibió de Washington millares de dólares nuevecitos, que le sirvieron para construir una suntuosa residencia. Si yo tomara su consejo, usted podría levantar otra mansión, tan maciza como su corazón de roca...*

*Se tomó algunos tragos de licor a pico de envase delante de ellos y antes de marcharse les dijo lentamente:*

*—Lo que es por ahora... las casas de piedra se han terminado” (pág. 96).*

En “El regreso” se vuelve al tema del adulterio. El esposo, después de notar cambios significativos en la conducta de su esposa, finge un viaje. Regresa y encuentra a su mujer en el dormitorio en amenos susurros con alguien. Después de pretender cierta tranquilidad, hace alusión a la esgrima, de la cual es experto, y mata a su rival que estaba escondido tras una cortina. Como siempre, en Juárez Fiallos el tema de la infidelidad es resuelto con sangre, reflejando la pobre condición humana:

*“El había tomado el florete de entrenamiento; con el mismo le hizo a su mujer aquellos ademanes que a modo de saludo ejecutan los entendidos antes de la competencia. Pero de pronto, de manera imprevisible se lanzó —como el rayo— contra el pesado cortinaje que cubría el ventanal.*

*Se escuchó un alarido pavoroso al clavarse el arma sobre el cuerpo que estaba detrás de la cortina. Luego algo cayó pesadamente al pavimento.*

*El par de zapatos negros que el hombre había visto detrás de la cortina, ahora aparecían abatidos, cubriendo unos pies anónimos masculinos” (pág. 102).*

“Cuento de navidad” aborda una tragedia familiar y de solidaridad humana. Un matrimonio feliz, viaja con su hijo:

*“Iban la pareja de amantes y el niño embebidos en el paisaje, devorando distancias, sintiendo que pasaban en fuga los corceles desbocados del viento. Los dos eran la unidad, el amor perfecto y la risa del niño era como un trino en la alborada. A los tres les brotaba a raudales la alegría. ¿Hacia dónde irían? ¡Qué importaba hacia dónde fueran! Posiblemente a buscar horizontes ahora que sonreía la primavera de la vida”* (pág. 103).

Por desgracia tienen un accidente en donde muere la esposa y el niño queda inválido. Producto de la tragedia el niño culpa a su padre por la muerte de su madre y lo rechaza. El padre, hondamente lastimado por la tragedia, decide no visitar a su hijo para no agravarle la crisis. En su deseo de darle alegría a su retoño, y como es navidad, recuerda que él ha sido payaso y decide ir a actuar en el hospicio. Su hijo ríe feliz sin saber que el payaso es su padre, y éste llora de alegría al ver a su hijo contento:

*“Su hijo —el centro del mundo—, en silla de ruedas, gozaba en primera fila y aplaudía. Finalmente, el payaso que llevaba un racimo de bombas de colores sujetas por un hilo que se proyectaba vertical al techo, lo puso en medio de aplausos, en las manos de su hijo que sonrió con alegría.*

*Entonces...*

*Para concluir dio varios saltos mortales y cual potro encabritado hizo mutis por el fondo mientras la banda ejecutaba un alegre aire de circo.*

*En el cuartito de vestuario, el hombre enjugaba sus lágrimas y creyendo que era alérgico al albayalde se sonaba silenciosamente, y limpiaba la humedad de sus mejillas”* (pág. 105).

En “Vientos de borrasca” también de drama familiar, matizado por discusiones de convivencia habitual entre los esposos, se aborda la muerte del padre. El protagonista, de doce años, encuentra una nota de suicidio de su progenitor; lo enfrenta, pero éste lo tranquiliza asegurándole que eso nunca pasará. Finalmente el padre muere por una meningitis, y él ya no necesita cambiar de frasco un jarabe que en algún momento fue el motivo de la discordia familiar.

En “Una cuenta saldada” relato con elementos fantásticos, un hombre es estafado y decide tomar venganza. Va en busca del estafador, mientras ha tenido un sueño en donde le dicen que con su pistola, una Beretta, saldará la cuenta. Por casualidad entra a un velorio y el muerto es quien él busca. Al ver a un hijo de éste y a la viuda se compadece de ellos, vende la pistola y les da el dinero, ayudándolos así a sufragar cuentas pendientes.

“El cirujano” aborda el tema del alcoholismo, un médico practica una operación delicada a su pequeña hija, pero él no recuerda nada, por haber estado borracho, hasta que sus amigos se lo comentan.

En “Siempre hay otra vez”, de drama familiar, la esposa resiente cierta actitud de desenfreno de su esposo y solicita a su hijo que intervenga; éste accede a hacerlo. Se evidencia, así, la incomprensión familiar.

En “El hombre que no debía favores”, un hombre rico, en actitud de extremo orgullo, rechaza que un amigo le haga llegar una medicina desde Roma; esto lo lleva a la muerte. El relato concluye con la reflexión del interlocutor sobre cómo habrá hecho, el orgulloso, al momento de la muerte si no aceptaba favores de nadie. Lo estéril del orgullo es evidente.

En “El último servicio”, último cuento del libro, de corte escabroso, un hombre es atropellado y pierde su prótesis dental. El conductor, para resarcirse, le proporciona una de muchas que posee, y le queda perfecta, inclusive con ganancia ya que tiene diamantes incrustados. Cuando se despide, se da cuenta que la profesión del otro no es dentista ni joyero, sino que es el sepulturero. Un escalofrío le recorre la espalda y piensa que en algún momento el sepulturero también podrá recuperar la dentadura, que recién le ha proporcionado, cuando llegue su momento.

Helen Umaña analiza tres cuentos, de honda significación psicológica, que no se incluyeron en el libro, y dice al respecto: “El desfogue de una violencia sin sentido que corta vidas promisorias se evidencia en “La muerte viajaba en coche”. Un joven compra un libro para obsequiarlo a su futura esposa; dos carros se accidentan; al disputar los choferes, uno

recuerda que frenó bruscamente porque creyó que aquél necesitaba un taxi y, furibundo, le propina tremendo puñetazo causándole la muerte. Ambos choferes huyen. Texto que se caracteriza por una eficaz economía verbal.

En “La doble pena”, la lección moral se desprende en forma natural de la bien hilvanada historia. La policía persigue a un ladrón que deja abandonado el botín frente a la vivienda de una anciana; compadecida, ésta le ruega a una vendedora que lo entregue para que la policía no lo maltrate. Por ambición, ésta no lo hace así y después descubre que el ladrón era su hijo. Ambas mujeres lloran a sus respectivos hijos.

“Demasiado tarde” enfoca el tema del adulterio. Andrea lee una carta dirigida a su marido en la cual una mujer lo cita para una fiesta de disfraces y decide tomar el lugar de ésta; aquél, ya cuando están a punto de iniciar la relación amorosa, advierte la estratagema y, aprovechando una ida al baño, escribe una carta en la que finge haber estado al tanto de todo; Andrea lo mata sin haber leído la nota; posteriormente, cuando se entera del contenido, se suicida” (Umaña, 1999: 179).

### **Consideración general**

Los cuentos de Santos Juárez Fiallos están muy bien estructurados. El uso del lenguaje es preciso y siempre llevan de la mano al lector en el objetivo que se han propuesto. Es característica de su obra una visión ciudadana y cosmopolita de la vida. Elementos como el humor, el sarcasmo y la ironía están siempre presentes; coadyuvan al desarrollo de la trama y a crear el ambiente requerido al servicio de un fin determinado. La mayoría de los cuentos, escritos en primera persona, hacen conocer el mundo particular y privado de los personajes y sus motivaciones para justificar la naturaleza de sus actos. Algunos personajes transitan por laberintos psicológicos que los sumergen en una ambigüedad de acción y pensamiento, rasgo fundamental que explora profundidades psicológicas y al cual es proclive toda la obra de Santos Juárez Fiallos. Definitivamente su obra narrativa fue una experiencia novedosa, y está planamente justificada por su alto nivel de calidad, en la narrativa hondureña.

## Conclusiones

1. La obra modernista de Froylán Turcios es el antecedente inmediato en el tratamiento de temas de naturaleza personal y psicológica en la narrativa hondureña.
2. Arturo Mejía Nieto y Arturo Martínez Galindo, trabajaron algunos elementos del cuento psicológico, pero sin llegar a definirlo ni categorizarlo.
3. El cuento psicológico se caracteriza porque es un viaje al interior de sus protagonistas. Las descripciones y los ambientes están limitadas al entorno vital del discurrir mental.
4. Santos Juárez Fiallos es el iniciador del cuento psicológico en Honduras, ya que sus personajes manifiestan determinados cursos de acción, urgidos por motivaciones interiores propias de determinados conflictos psicológicos.
5. La obra de Santos Juárez Fiallos se caracteriza, en primer lugar, porque la ambientación es citadina, los personajes se mueven en el entorno de la urbe; y, en segundo lugar, porque están enfrentados a conflictos de carácter personal, íntimo o en un entorno familiar que les genera ansiedad, angustia, ira o dolor.
6. La acción en los personajes está encaminada a resolver una situación de corte interior, al tratar de justificar o condenar determinado hecho ocurrido o relacionado en sus vidas. Vale decir que es imprescindible acercarse a ellos para conocer sus motivaciones, las cuales reflejan una condición de naturaleza personal y no general.
7. Los temas abordados reflejan preocupaciones y situaciones existenciales, que tienen más que ver con la condición humana en general que con conflictos sociales o políticos. Lo anterior abrió una brecha en el regionalismo, y esta experiencia narrativa desemboca en la descripción de los tortuosos caminos de la psiquis humana.
8. En la obra de Santos Juárez Fiallos es notoria la influencia de las corrientes en boga de la psicología con los trabajos de Sigmund Freud y Carl Jung —sus personajes se desdoblan, hay superposición de planos—; asimismo de autores novedosos como Frank Kafka, Jorge Luis Borges o Julio Cortázar.

## **Bibliografía**

**Espinal, O.** 2007. Antología del Cuento Modernista Centroamericano. Tegucigalpa, Honduras. Ediciones Guardabarranco. 147 p.

**Gallardo, M.** s.f. Códigos y Contextos del Relato Fantástico en Honduras. **IN:** <http://www.denison.edu/collaborations/istmo/n12/articulos/codigos.html>

**Juárez Fiallos, S.** 1989. Los Alegres Años Veintes y Otros Cuentos Hondureños. Tegucigalpa, Honduras. Lithopress. 143 p.

**Oviedo, J. L.** 2000. Antología del Cuento Hondureño. Tegucigalpa. Editores Unidos. 167 p.

**Salinas, M.** 1991. El Cuento Sicológico de Santos Juárez Fiallos. **IN:** Cultura Hondureña Contemporánea. Tegucigalpa, Honduras. Editorial Universitaria. Tomo I. 323 p.

**Umaña, H.** 1999. Panorama Crítico del Cuento Hondureño (1889-1999). Guatemala. Editorial Letra Negra y Editorial Iberoamericana. 521 p.

[http://www.uwosh.edu/faculty\\_staff/cortes/classes/Spring2005/420/psicologico.html](http://www.uwosh.edu/faculty_staff/cortes/classes/Spring2005/420/psicologico.html).

Consultado feb. 2008.

**ANEXO 1**  
**ANTOLOGÍA NARRATIVA DE SANTOS JUÁREZ FIALLOS**

**El Bazar del Anticuario**

A las cinco y veinte sonó el timbre de la puerta de calle. El dueño, que había cerrado poco antes y se disponía a cenar en la trastienda, se apresuró a abrir. Su atención a los clientes tardíos le había dado buenos resultados, influidos por la oportunidad de rebuscar sin prisa y por la amabilidad del anciano acababan por comprar más de lo previsto.

Después de excusarse por importunar fuera del horario, dijo el visitante:

—Deseo ver su colección de jarrones.

El corazón golpeó con fuerza al viejo que sintió una vaga aprehensión. El visitante había dicho “jarrones”.

—¿Quiere usted jarrones? ...Bien: se los mostraré —dijo el viejo— y se fue al interior después de haber echado una mirada inquisitiva al cliente.

Al regresar parecía tan optimista el anticuario como si fuera a repartir Oscars. Puso su quincallería sobre el mostrador y sobándose las manos, como si las frotara con jabón dijo:

—¿Ve este jarrón chino de bronce?, es de la dinastía imperial de los Ming. Hay otro parecido en el Museo Cemushi, en París. ¿Le gusta...? Este es un vaso de Bucchero, del arte etrusco, bellas líneas, asas delicadas y...

—Gracias, pero de momento no me interesan —dijo el hombre con cierta impaciencia— por favor enséñeme otros.

Siempre sonriente los retiró y trajo ahora dos vasijas fenicias de cristal, una cratera griega y un jarrón alto, esmaltado. Al referirse a éste, explicó con una voz cascada de las personas muy entradas en años.

—Es admirable el arte mudéjar. Observe usted la fusión de elementos romanos, góticos y árabes. Un conocedor como sin duda lo es usted, apreciará una joya como ésta, tan diferente a esas almarrajas esmaltadas de mucha apariencia y escaso valor.

Tampoco ahora se mostró muy interesado el comprador y pidió nuevas muestras.

—Déme usted una idea sobre sus preferencias —dijo el viejo— y trataré de complacerlo. Modestia aparte, no imagina usted el número y calidad de mis clientes satisfechos...

—Bueno... si considera que no lo importuno, muéstreme usted todo lo que tenga —dijo el hombre— algo de arte americano precolombino.



—¿Le interesarían unos vasos incaicos del Templo del Sol? —preguntó el anciano, amable bajo aquel gorro infantil terminado en punta cuya lana roja hacía contraste con sus cabellos casi blancos.

—No —dijo el hombre— yo más bien deseo...

Estaba el anticuario excitado, como un jugador de ruleta mientras la rueda gira y hay una fortuna sobre el paño verde. Quiso ayudarlo a su cliente al decirle:

—¿Tal vez un jarrón maya...?

Al colocarse bajo la luz clara de su lámpara, el visitante esbozó una sonrisa cautivadora que mostraba un teclado de marfil perfecto y unos ojos húmedos, negros y brillantes de beduino. Un tanto perplejo por la sugerencia, pareció semblantar al tendero. Pero el rostro apergaminado como un mar calmado sobre el cual la nariz semejaba la quilla de un barco a medio hundirse, era inescrutable en el dueño...

—Pues bien... sí... un jarrón maya —dijo aquel beduino joven metido en ropas de hombre de Occidente.

Le explicó el viejo, que otra vez se sobaba las manos:

—Tengo uno... con asas grandes, aunque... ¿cómo le diré...?

—Aunque no sea perfecto... muéstrémelo —dijo el cliente, volviendo a sonreír afable.

—Qué intuición la suya —dijo el tendero— de veras tiene un pequeño defecto, una grieta imperceptible, casi en el borde, pero vale un tesoro.

Las manos sarmentosas del anciano trajeron el jarrón, cerrado herméticamente. Lo puso sobre el mostrador y cruzó los brazos. Estudiaba al cliente con el interés que un químico pone en una reacción importante de probeta.

El visitante lo levantó a la altura de los ojos, interesado al parecer en percibir los detalles. Al intentar destapararlo sin éxito, intervino el dueño:

—Permítame que lo abra para que vea su interior...

—No se moleste —dijo el hombre— déme el precio y le pagaré.

—Siento mucho advertirle —dijo el viejo— que ese jarrón no está de venta. Pertenecía a mi único hijo y quiero conservarlo.

—¡Oh! Cuánto lo siento —dijo el hombre— pero deseo quedarme con esta pieza. Usted lo expone en su comercio y la ley obliga a sostener la oferta. Además, pagaré quinientos... diez veces su valor.

—No lo vendo por ningún precio —dijo el hombre lentamente— y ya no sonreía.

—Considere que la posesión de este objeto no le devolverá la vida de su hijo... y si lo vende, hará un buen negocio. ¡Y cómo están los tiempos!

El corazón le dio un fuerte vuelco de campana al tendero y sintióse desfallecer. Sentóse por un breve lapso y con un paño suave se enjugó el sudor de la frente. Al reponerse púsose de pie y dijo:

—Tal vez tenga usted razón. Pero yo soy afectivo.

Mire usted, para el caso, esta pistola —y al sacarla de su estuche repetía— esta pistola, también le pertenecía.

El viejo había vuelto a sonreír y en su fisonomía había algo de siniestro. Acariciaba el arma como si fuera su gato de Angora o como si estuviera elogiando la alta calidad de un violín stradivarius.

Ahora el cliente, con el jarrón en la mano, de repente había perdido todo interés en las cosas de este mundo. Observaba como hipnotizado, lo que le parecía una pantomima; o ser el protagonista de una obra de Hickcock... Deseaba mantener la serenidad y razonar. El pulso le temblaba y tragó varias veces. Echó un vistazo a la puerta de la calle y pensó que estaba a mil metros... Se vio la palma de la mano y la oprimió con la diestra, fuertemente... no podía razonar.

—Las bromas, como los sueños a veces se materializan —dijo el dueño— mi hijo leía mucha literatura fantástica y contaba historias también raras sobre esta pistola que adquirió en Beirut... Era un joven que no conocía la malicia... confiaba en sus amigos siempre. ¿Era usted... por casualidad su amigo? Disculpe la pregunta, joven... no pudo haberlo sido...

Parecía que por las venas del cliente circulara “curare” y que se sintiera paralizado de improviso, y mudo además.

Imposible calcular cuánto tiempo transcurrió... De pronto se escuchó un ruido metálico inconfundible, el hombre había montado aquella arma antigua y apuntaba al pecho del cliente.

—Y ahora que reparo —dijo el viejo con calma y casi amistosamente—. ¿Cómo sabe usted que mi hijo está muerto? No me asuste, ¿De verdad está muerto?

El cliente estaba trémulo y su rostro color ceniza parecía haber envejecido. Adelantó su diestra deseoso al parecer de decir algo, pero sus palabras se ahogaron en la garganta. Sonó un disparo que hizo caer arenillas. Como un cerillo que arde, se fue retorciendo el hombre con los ojos desorbitados y se desplomó como un fardo. Una figura de color sepia obscuro, fue dibujándose sobre el piso...

De en medio de los mostradores, salió el viejo. Pronto se convenció de que el hombre expiraba. Por fin quedó quieto con una mueca grotesca de espanto. De la bolsa interior del saco le sacó una cartera de cuero negro y de ésta, un trozo de pergamino que puso sobre la vidriera. Apartó con el pie el casquete roto de jarrón y extrajo del mismo otro pedazo de

pergamino que hizo coincidir con el primero, hasta formar el plano original de las grutas que su hijo había explorado durante años.

Con sus cruces, flechas y señales, ahí estaba ante su vista una guía para desenterrar el tesoro de lingotes y doblones que yacía en su escondrijo.

Suspiró muy hondo abstraído, habiéndolo sacado de sus cavilaciones el silbido de la tetera que hervía en la trastienda. Materialmente se hundió en un mullido sillón y quedó viendo algún punto que estuviera suspendido en el aire. Pensó en la inutilidad de los bienes que ya no pueden ser compartidos con el ser amado.

Ardían las llamas de la chimenea en aquella hora desapacible. Al ver que chisporroteaban rojos los carbones, tuvo el impulso de echar los planos al fuego, pero sabiendo que podría utilizarlos en el juicio los puso en otro jarrón. Llamó por teléfono a la policía... y se sentó a esperar.

## El hombre que no quería hablar

Los muchachos se reunían los fines de semana en la Cervecería Bremen, a despecho de los reglamentos escolares. Más que una sala, parecía, el sitio un largo pasadizo bajo techo. Había una sola puerta y abundancia de ventanas muy altas, por donde entraba en frescas bocanadas el aire de un bosquecillo próximo.

Las paredes olían a moho y al fondo las pipas gigantescas, impregnaban el ambiente a fermentos de lúpulo y cebada y complicados sistemas de tuberías se extendían por techos y paredes.

Amueblaban el local toscas mesas de madera y pesados taburetes fijos al piso en previsión de que los clientes los usaran como razones contundentes para reforzar sus argumentos.

Aquel sábado el sol derramaba calor sin compasión desde un cielo sin nubes y los primeros parroquianos refrescaban sus gargantas y paladeaban la cerveza con deleite.

En la última mesa departían tres estudiantes: Pablo Paz, Miguel Hernández y Toribio Peña. Al frente tenían sendos tarros de aquella bebida espumante, color de oro viejo. Pablo no perdía ocasión de ensayar su oratoria ante sus compañeros que escuchaban interesados.

En este instante entró un cliente con indumentaria especial. Era un hombre muy alto, desgarrado, que arrastraba los pies, su cabello era cano y despeinado. Era una mezcla de director de orquesta y pensador.

Un mesero había retirado los tarros vacíos, sustituyéndolos por otros. La conversación se había animado y los jóvenes hablaban con alegría. Miguel Hernández, al referirse al recién llegado —que había tomado asiento en una silla próxima— decía:

—Vean ustedes, ahora Calandraca parece más viejo, tiene la nariz roja y camina más despacio... hace mucho que lo estudio y siento deseos de saber cosas acerca de él. Dicen que fue un gran maestro de matemáticas...

—Algo parecido he oído de este hombre —reafirmó Pablo—; que descende de familia acomodada y que se graduó en forma brillante en el extranjero. Y ahora es una carga para la sociedad, un improductivo que no gana lo que se come...

Dijo Toribio Peña:

—¿Por qué no lo entrevistamos en su mesa o lo invitamos a la nuestra? Sería interesante, esta clase de gente puede dar temas para una novela o tal vez para un cuento. Sólo hace falta la pluma que los describa... Estoy seguro que si le pagáramos... ¿Cuántas cosas podría decir?

—No estoy de acuerdo en ello —dijo Pablo Paz, que tenía una fama de prudente—. Toda persona tiene su propia dignidad y merece respeto. Bueno está interesarse en el prójimo, pero sin aprovecharse de sus debilidades para obtener fines propios. El hecho de que estemos disfrutando de esta bebida no nos autoriza a excedernos.

El recién llegado —Calandraca, como le gritaban los chiquillos— no parecía estar bajo la

influencia del licor y en determinados momentos les había dirigido miradas furtivas sin que ellos hubieran reparado.

Calandraca no pedía a nadie y sólo aceptaba invitaciones de sus amigos. Era un borracho sin duda, pero de clase especial y a ratos más parecía un filósofo que buscara en la bebida un refugio a sus angustias.

Toribio bebía cerveza sin medida. Al comenzar sentía una necesidad patológica de proseguir, como si de ahí en adelante ya no hubiera oportunidad de beber más en el mundo. Lo anterior no hubiera preocupado a nadie, a no ser porque su natural apacible se tornaba violento en razón directa a la bebida que ingería.

Los ojos de Toribio habían disminuido de tamaño y aumentado su brillo; arrastraba las palabras y su mente fulguraba con chispazos antes de sumirse en la penumbra. En un momento inesperado, levantó la voz al decirle a su vecino:

—Oiga... “Calandraca”, venga a tomar cerveza con nosotros...

Con la terquedad del ebrio porfiado siguió formulando la invitación al vecino, que permanecía imperturbable. Se levantó con su tarro en la mano izquierda y el vaso en la diestra y fue a desplomarse frente al viejo.

El hombre parecía no darse por enterado y en calma siguió limpiando sus anteojos con meticulosidad. Había ignorado la invitación.

Pero Toribio tenía su idea fija. Más que aceptación a su deseo de brindar, parecía empeñado en buscar bronca. Sin previo aviso, ante la consternación de los presentes, arrojó a la cara del hombre su vaso lleno de cerveza, al tiempo que le gritaba:

—Si no quiere beber, si nos desprecia, por lo menos báñese, que mucha falta le hace...

El sol de las dos y media llegaba a la mesa del hombre y como las colinas cuando declina la luz, su rostro macilento aparecía lleno de claroscuros, consternado por la afrenta del mozuelo.

Sus amigos, casi al mismo tiempo retiraron a Toribio de la mesa vecina y trataron de dar al agraviado toda clase de excusas.

Mientras, Toribio continuaba como energúmeno insultando:

—Este viejo me desprecia porque muchas veces le he dicho “Calandraca”... pero debía entender el bellaco que yo no sé su nombre... si es que de veras tiene nombre...

Luego le vino un acceso de risa incontenible, que casi le corta la respiración. Reía y reía sin pausa, como si hubiera encontrado algo muy cómico o como si alguien hubiera puesto cáñamo indio en su bebida. Mencionaba la palabra Calandraca y volvía a reír de manera alarmante, concentrando en su persona la atención de todos los concurrentes al lugar.

La bebida chorreaba de la cara del hombre a su camisa; el saco gastado, de lana, estaba empapado y en el piso bajo la silla, se había formado, lentamente un minúsculo charco.

Entonces, el viejo sacó un pañuelo obscuro —que en algún tiempo fue lino blanco— y con gran dignidad enjugó las gotas del rostro, después la pechera, el saco y frotó sus pantalones. Se quitó los anteojos, los puso en su funda de cuero y ésta en la bolsa interior del saco.

Apoyó sus manos largas de amanuense sobre la mesa, se puso de pie. Ya no era el viejo que entrara arrastrando los pies momentos antes.

Parecía más alto, con un fuego extraño ardiéndole en los ojos ya marcados por el halo azul de la edad senil. Estaba firme sobre las delgadas piernas entreabiertas. Había algo de mesiánico en su aspecto, al viento los cabellos, como un juez terrífico en el momento de dictar sentencia o como un profeta antiguo dispuesto a fulminar con rayos o anatemas.

Se hizo un silencio profundo que ya ni el mismo Toribio se atrevió a perturbar. Con paso lento se acercó al muchacho que parecía sobrecogido por un temor supersticioso inexplicable y tomándole con la diestra fuertemente de la solapa le dijo, lenta y vigorosamente estas palabras:

—Pregúntale a tu madre... quién es tu padre.

Lo soltó... y se fue despacio, por donde había entrado.

## El hombre de la americana

Así como hay muchos que compran obras en las librerías de viejo, cuando quieren algo raro, así yo adquirí aquel objeto en un batiborrillo de antigüedades.

Si al tratarse de cosas, pudiera hablarse de amor a primera vista —como el que me inspiró Helen— ese habría sido el caso del puñal florentino que compré, cuya hoja acerada, buida, afianzada en un pomo cilíndrico con depresiones adaptables a la mano, tenía incrustaciones de oro y nácar.

Bueno, comienzo —o finalizo tal vez— por donde no debo. Lo que deseaba decir, es que yo nací —como pensaría quien todavía cree en horóscopos— bajo alguna mala conjunción astral, posiblemente de Marte y de Saturno, ya que la mala suerte me ha seguido como mi sombra.

No, de ninguna manera. Estas no son disquisiciones filosóficas, porque un hombre que ya empieza a ver turbio y sábanas que flamean en torno, sin que manos y viento las agiten, y siente además su propia ingravidez, sin estar en cápsula espacial, sabe que enfrenta su última consecuencia y no está para divagar.

Repito que nací con mala pata. Traía un cordón arrollado al cuello, casi estrangulándome, como un presagio. Pero me salvaron ¿para qué? —los diestros dedos de la partera.

Qué olor tan penetrante tiene el cloroformo. Y qué luces tan brillantes siento sobre mí. No sé en dónde estoy ahora. Ah... este debe ser... ¿cómo se dice? Este es un qui-ró-fa-no... Sí, eso es, ¿Por donde iba?

Ya recuerdo, les decía que entré al mundo de retroceso, de espaldas a la comadrona.

Ahora veo que las agujas del reloj dan vueltas vertiginosas. No sé qué pasa, porque el tiempo no marcha así. No podría contarles todas las cosas que me han salido al revés, pero sí voy a referirles ésta, que será mi última aventura... y ojalá tenga tiempo de terminar...

Yo había creído que su principal atractivo —con ser tan bella y tener tan grata conversación— era su fidelidad, es decir que era espiritual, más que físico. Es cierto que ella salía de casa con frecuencia. ¿Pero qué mujer, me decía yo, puede vivir entre cuatro paredes, sin visitar a la modista, al peinador, o sin ir al centro... de compras, máxime cuando hay ofertas tentadoras en los comercios?

Recuerdo aquella vez... sentado en el sillón de la sala, elogíe su buen gusto, por la pantallita primorosa que había traído, para la lámpara del tocador —supuse—. Se sonrió indulgente al ponérsela con coquetería, y me dijo: “Es un sombrero, tontito, para que me veas linda de verdad...”

Anoche salimos en el coche, pues iba a probarse un traje. Como yo sabía lo tediosas que son esas sesiones de atavíos femeninos, al llegar al Callejón de la Moncada, se bajo en frente de la modista. Le ofrecí regresar por ella, dos horas más tarde, le di un beso en la mejilla, y le dije adiós de nuevo mientras me alejaba en el auto, que emitió un chirrido.

¿Les había dicho que soy cleptómano? Bueno, ya lo saben. Esa palabra define a quienes

sienten un afán por apropiarse de las cosas bonitas y mal puestas. Y cuando no lo están, trato de forzar un tanto la situación. Y fue lo ocurrido esta misma noche.

Así pasó todo: hacía un rato que estudiaba, no tanto las pinturas al óleo, como a las personas que visitaban al Palacio de Bellas Artes. Llamó mi atención un tipo alto, distinguido, que debajo de su bien cortada americana llevaba una camisa “nehru” de tono alegre. Me le acerqué cuando él contemplaba en el último salón, ya medio vacío de visitantes, un cuadro de Miguel Ángel Ruiz, nuestro gran pintor.

No sé por qué al sentirle fragancia de lavanda, recordé a Helen. Un día le pregunté si había cambiado su perfume Taj-Mahal, por otras esencias varoniles.

Ante aquel turista rico, sin duda, se despertó mi instinto profesional. El tipo con su indumentaria y su aire despreocupado, me hizo ponerme en guardia, como un perseguido que señala la presa. Para mi suerte, se produjo uno de esos conocidos apagones con que interrumpe la monotonía de la vida, la empresa de electricidad. Entonces, actué con rapidez, se produjo un encontronazo, hubo algunos gritos de mujeres nerviosas, pero yo logré alcanzar la calle.

Entonces me dirigí hacia donde había aparcado la máquina, para regresar por Helen. Vi también, que el Palacio de Bellas Artes estaba de nuevo iluminado. Ya en el coche, abrí con manos temblorosas la cartera recién sustraída. A la luz interna del coche hice un nuevo inventario: había dólares, unas llaves, boletos de viaje, etiquetas, una libreta de cheques, una foto de mujer. Veamos qué dice al reverso, pensé. Decía así: “Para ti, con todo el amor de HELEN”.

Ahí estaba aquella mala letra que yo tanto conocía. La sangre me golpeaba en los oídos. Le di vuelta a la cartulina. Era el retrato de Helen, sonriente, mostrando su gracia innata, su encanto.

Espero que nadie encuentre extraño que allí no más, dentro del coche, yo haya utilizado aquella hoja acerada que compré en un bazar de antigüedades, ni que Helen se haya quedado esperando a que yo la fuera a recoger.



## La mujer en el ómnibus

Íbamos apretujados en el ómnibus. Sofocaba el calor y se adivinaba en las caras un deseo de llegar pronto y de aspirar aire puro. El vehículo se detuvo en una intersección de calles.

—Nos asfixiamos... Abran esa ventanilla por favor— rogó una anciana de rostro apergaminado.

Cuando un hombre se disponía a cumplir el requerimiento, se contuvo al grito del chofer:

—Esa ventanilla no se abre... no me la arruine más...

Al arrancar de nuevo la máquina se filtró un poco de aire y los pasajeros parecieron revivir como moscas al abrir la vitrina. Afuera el sol doraba las calles asfaltadas y se levantaba un vaho que daba a la vía apariencia de estar llena de agua. Dejábamos el centro de la ciudad y nos adelantábamos en un reparto suburbano. Al dejar el asfalto marchábamos por un camino lleno de baches y pedruscos.

La atmósfera era pesada; se percibían los más disímiles olores; a gasolina quemada, cosméticos y maquillajes baratos, a pescado seco, a manzanilla y frutas tropicales, pero también se captaba el rastro inconfundible del sudor.

Un frenazo repentino del vehículo nos sacó de aquel sopor. Una niña de seis años pegó su frente con violencia contra el parabrisas y se puso a llorar. La madre, condolida, la toma en brazos, la soba cariñosamente y al mismo tiempo viendo de soslayo al piloto dice en alta voz:

—Cállese mamita... y agradezcamos que esta bestia no nos ha matado aún.

El aludido fingió no darse por enterado, pero arrancó con violencia y de nuevo la niña que se había puesto de pie cayó sobre el asiento...

En la siguiente estación subieron dos pasajeras más, con la prisa y desesperación de quien sabe que está tomando el último expreso. La nueva ocupante era una señora gorda, como imagen de una “dolorosa”; sonriente se aplastó como fardo entre dos hermanitas que hasta ahí habían lucido como jazmines raros en aquella maleza humana.

—Jesús, qué barbaridad —dijo una.

Al oír a su hermana, sin poderla ver por impedirlo la interpuesta matrona, preguntó la otra:

—¿Estás bien Sarita? Mira no vayas a morir sofocada— La aludida contestó:

—Estoy bien... no te preocupes—.

Se oyeron risas. La recién llegada comentó como en una réplica:

—¿Qué delicadas las nenas? ¿No? Debían viajar en su coche personal.

Y se envolvió la nariz brillante viéndose en un espejito.

Yo iba en el último asiento. La otra recién llegada se arrimó a mis costillas como libro metido a la fuerza en anaquel. Para mejor acomodarse extendió su brazo izquierdo redondo y desnudo sobre el respaldo. En ese momento... ¿Cómo lo diré?... sentí... palpé, estuve consciente de que una suave prominencia de su juvenil anatomía presionaba sobre mi brazo. Me invadió su perturbadora esencia. Una carrera incipiente en sus medias de nilón ascendía por su rodilla derecha hasta sitios ignorados. Me preocupé, pues mi corazón no marchaba bien y empezó a bailotearme mientras me faltaba tierra bajo mis pies y aire en mis pulmones.

Pude serenarme un tanto. Pensé que la joven no buscaba deliberadamente las apretazones, sino que las sufría para llegar pronto a su destino. El ómnibus daba tumbos y cada vez sentía más estrecho el contacto. Como al descuido me fijé en ella. El suyo era un rostro sin malicias, sonrosado, de piel fina y punteada por diminutas estrellitas de sudor. Yo procuraba ir erecto como si temiera padecer la escoliosis. “Si ensayara recostarme —pensé— oprimiría demasiado a la joven”. Y de nuevo por la forma impasible como soportaba el ajetreo me pareció de veras desenfadada. ¿Quién podrá penetrar los misterios de la mente ajena?

¿Dije que ella me pareció “desenfadada”? Pues dije bien. Si otra hubiera sido, ante aquel vaivén promiscuo de seres humanos de todas las clases y procedencias, ¿por qué no había ensayado un cambio de postura, de modo que no embistiera con el pecho ni mostrara las carreras superiores de sus medias finas?

De repente me preguntó:

—¿Qué hora tiene?

Como lo imaginé, había iniciado ella la conversación que hacía presagiar muchas cosas posteriores. Entonces nos vimos a los ojos por primera vez. Los suyos eran oscuros y limpios, sin afeites. Al llegar mi mano derecha al bolsillo para sacar mi viejo “waltham” de ferrocarrilero, estuve a punto de pedirle excusas sentí que mi brazo la había oprimido. Pero ella no pareció advertirlo.

—Son las dos y veinte— le dije.

—¿A dónde viaja?— le pregunté, como si me importara la vida ajena o como si hubiera sido agente de aduanas o inmigración.

—Voy al hospital a ver a mi niño enfermo —me dijo con dignidad. Pensé que ella —tan jovencita— era una buena madre.

El vehículo paró y bajaron muchas personas. Yo también debía haberme bajado mucho antes. Y como algún duendecillo travieso urdía ideas extrañas dentro de mí, me dispuse a seguirla hasta el término de la ruta. Ya en el andén parecíamos viejos amigos. Entró con paso rápido por el portón, cruzó pasadizos y corredores; encontrábamos enfermeras y tempranos visitantes. Yo la seguía, interesado. Sin embargo me quedé a la entrada de la Sala Cuna.

Apareció de regreso antes de cinco minutos. No necesitó hablar para que yo comprendiera su tragedia. Con la voz temblorosa y los ojos nublados por las lágrimas me dijo.

—Mi niño murió hace tres días y lo enterraron ayer sin avisarme—.

Y sin que acertara a decirle nada empezó a caminar de prisa por el largo corredor hacia la salida, mientras las tres enfermeras que le habían dado la cruel noticia cuchicheaban, viéndola alejarse.

Obtuvimos el certificado de defunción. Con el mismo iría al cementerio a conocer el montoncito de tierra bajo el cual quedaba su pequeño hijo de dos años que no había recibido sus últimos cuidados.

Ya en la calle me dijo:

—Gracias por su ayuda—.

La estreché fuertemente contra mi pecho, mientras seguía sollozando. Tampoco ahora hallé nada que decirle, pero no sentí que el corazón me repicara como antes. Le entregué un billete doblado para que le llevara flores. Y esta vez no quise acompañarla al término del viaje.

## Un extraño en el espejo

A la medianoche informaba la policía por la radio, que un homicida peligroso, armado de revólver se había fugado y alertaba sobre el caso a los moradores, al mismo tiempo que daba la descripción física del mismo.

Medité largo rato, alarmado. Aquel era un barrio residencial, distante del centro de la ciudad, habitado por personas de la clase media. Pensé que sería bueno soltar nuestro viejo mastín, un animal fiero pero a la vez inteligente, que poco antes había ladrado furiosamente. Sin embargo, resolví no salir. Después de todo, era arriesgado hacerlo y yo no había perdido nada. Fui al dormitorio a tomar una pastilla para calmar mis nervios y aliviar el dolor de cabeza de siempre. Al regresar a la sala, noté que estaba echada a perder la alfombra con el barro de mis zapatos. Bajé el volumen de la radio y entré al despacho, Me senté pensativo ante el escritorio. Posiblemente dormité por un rato. En el interin soñé que alguien me hería con una lanza a la altura de los riñones. Todo se debía a que el revólver me hacía presión sobre la región lumbar. Lo guardé en la gaveta.

Al despabilarme me entretuve viendo los cuadros de la pared. Di unos cuantos pasos por la sala y me detuve ante un gran espejo rectangular y se me ocurrió que los hombres los usamos de modo diferente a las mujeres: sólo a la hora de rasurarnos o de utilizar el peine. A ellas no puede faltarles. El despacho estaba en la penumbra. Ahí estaba ese hombre al frente... Era mi propia imagen virtual. Pero mientras yo mantenía mi vista fija, noté con asombro que el otro parpadeaba.

Ante tamaño absurdo, no pude evitar una sonrisa, tal vez un tanto nerviosa, porque sentí un escalofrío en la espalda. Pero el hombre que tenía al frente permanecía serio. Además, para completar mi desconcierto, noté que el sujeto del espejo tenía cerca del ojo derecho un lunar oscuro. Me llevé la mano al rostro para palparlo, pero advertí que el otro no había movido su brazo y yo comprobé que no tenía en mi cara ningún lunar.

En el acto cruzaron por mi mente los castillos ingleses con sus fantasmas centenarios. Y todas esas mansiones antiguas llenas de azoros y de tantas manifestaciones, llamadas sobrenaturales, por inexplicables. Pero no podía concebir que hubiera tales aparatos en mi propio hogar.

Tardíamente descubrí que yo no estaba en el espejo, sino frente a una ventana y que delante de mí tenía a un desconocido que se parecía a mí como si hubiéramos sido mellizos.

Puse todo mi empeño en serenarme. Estaba confundido en mi propia casa. Era algo divertido, apasionante además ¿Qué iba a decir mi mujer cuando se lo contara todo? Se iba a morir de risa.

Claro. Aquélla no era mi imagen sino la de un desconocido cuyo físico coincidía con las señas dadas por la policía.

No sentí cuando entró y consideré que debía dar parte a la autoridad.

Al ir hacia el teléfono observé que el hombre con pasos amortiguados por la alfombra, me seguía. No quise verle a los ojos, pero observé sus zapatos secos y lustrosos. Para no alarmarlo regresé a mi escritorio sin haber hecho la llamada y me senté con naturalidad; evité además

hacer cualquier ademán brusco y traté de que viera mis manos desarmadas sobre la carpeta.

Sin dejar de verme, y como si tuviera ojos en los dedos, tomó una caja de habanos que estaba en lo alto de un aparador, extrajo uno, mordió su extremo, lo encendió después, habiéndose sentado cerca del escritorio, otra vez frente a mí.

Sin duda alguna... aquél podría ser un atracador nocturno. No tardaría en exigirme las llaves, o que le entregara dinero. También podría ser un demente paranoico o qué sé yo. En el primer caso yo le habría dado un fajo de billetes de banco que guardaba en la gaveta. En el segundo, era posible que lograra convencerlo y que se mantuviera tranquilo mientras llegaba auxilio.

El desconocido no parecía portar arma. Actuaba como si no tuviera prisa en plantear sus exigencias, Me atreví a romper el hielo y decirle:

—Extraña situación la nuestra, caballero. Como no hay en casa quien nos presente, le diré mi nombre. Me llamo Elio Ruz, a sus órdenes.

El hombre pareció esforzarse por comprender. Se hizo un silencio prolongado y sentí cierto malestar, porque me deprime siempre no obtener pronta respuesta. Por fin dijo:

—Me llamo Lázaro Vélez, soy escritor. Está usted en su casa.

Me hizo mucha gracia lo dicho por el hombre del espejo. No hacía falta que afirmara lo que yo sabía. Le dije:

—¿Podría decirme en qué puedo hacerle útil?

En ese instante escuchamos a lo lejos las sirenas de alarma de una patrulla policial y el ruido de las motos. El hombre que hacía ratos tableteaba nervioso con los dedos en la silla, se quedó quieto, pero evidentemente tenso. Se secó el sudor de la frente. Yo estaba más tranquilo y había desaparecido mi cefalalgia.

—Bueno... —dijo amablemente— si lo prefiere podemos charlar un rato. Entre dos personas que se encuentran casualmente, pueden discutirse muchas cosas...

La sirena del carro policiaco sonaba cercana y a través de los cristales del ventanal se reflejaban intermitentes las luces rojas que giran sobre los carros patrulleros.

Desde lejos venía un rumor de voces. Frente a la casa habían parado los vehículos y los agentes abrían una puerta de calle y luego otras.

Tuve la impresión de que la casa estaba llena de policías. Comencé a respirar tranquilo... Dios había querido que aquello tuviera un desenlace sin consecuencias. El hombre del espejo permanecía imperturbable.

Cuando entraron al aposento varios agentes encañonándonos, me sentí siempre en calma. Pero me rodearon y en menos que se persigna una beata, me habían inmovilizado. Admiré la astucia de la policía. Con aquella estratagema querían sin duda, desimpresionar al malvado que estaba frente a mí, hasta que pudieran caerle de improviso. En el fondo yo me reía... Pero...

La cosa no salió como yo pensaba. Cuando vi que el otro conversaba serenamente con ellos, comencé a alarmarme. Creí comprender y cuando me llevaban, a gritos les pedí un recibo por el revólver que dejaba en la gaveta. Nadie me atendía. Entraron luego otros tipos musculosos vestidos de blanco, y me pusieron una camisa de fuerza...

## El arma en la mente

Casi todos alguna vez— gracias a insólitas aventuras del pensamiento— nos hemos anticipado a imaginar qué haríamos si de repente se presentara alguna situación que significara un serio peligro para nuestra vida.

Al imaginar por ejemplo, un asalto en despoblado, yo me decía que de hombre a hombre, siempre que no mediara la sorpresa, bien podría dar jaque mate el más sereno, el que psicológicamente dominara al otro. Yo siempre opiné que uno debería mantener un señorío mental sobre el adversario, y no permitirle ni por un segundo cobrar ventaja en este campo. Bueno... “del dicho al hecho”... pensaba.

Pero resulta que “el hecho” se produjo de improviso. Y en aquellos segundos —bien lo recuerdo— no había más que ejecutar sin dilación ni reservas, lo ya meditado largamente.

Pero comencemos por el principio.

Regresaba cierta noche a mi hogar en esa hora desmayada del conticinio y de las sombras. Venía en paz con mi conciencia pues habían pasado los años que uno anda de picos pardos.

Iba de prisa por una callejuela mal alumbrada, parecida a la representada en obras teatrales en que mujeres insinuantes esperan a su clientela habitual de marinos, chulos, celestinas... la moralla de las ciudades. Con la diferencia de que no había en la calleja apaches, ni faroles, ni calesas. Apenas temblaban a distancia los rojos carbonos espaciados de la luz eléctrica, cuando no se conocían las modernas luces de neón.

Con la última campanada de las doce, sentí a mis espaldas unas pisadas que me sobresaltaron. Sin volver la cabeza apresuré el paso, pero comprendí que el hombre me daría alcance pronto.

En momentos que me parecieron siglos, me empeñé en hacerme creer a mí mismo que estaba armado, condición mental previa si deseaba convencer de lo mismo a alguien más.

Al llegar a la esquina vi la mole imponente del Estadio. Crucé la calle y alcancé su acera. Los pasos seguían a mi espalda. Me dije que debía actuar con serenidad. Y recordé por oportuno el caso de quien desarma una bomba, cuya primera equivocación puede ser la última. Mis repasadas tácticas defensivas afloraron...

Ya resuelto —porque uno se resuelve a todo— con rápida media vuelta di la cara al desconocido que se paró de golpe; su rostro quedaba en sombra. Nos medimos mutuamente. El, debe haber pensado al principio “éste es pan comido”. Pero entonces entró en juego mi decisión de dominarlo.

Aquella noche comprendí que la muerte no es un esqueleto con guadaña como la presentaban los cuadros que cuelgan en las clínicas. Ella estaba ahí, solitaria, desvelada, espíandome bajo el farol, calculadora, como tahúr, o como gata agazapada que ante el ratón mueve el péndulo horizontal de la cola...

De pronto, la Muerte... digo, el maleante, pareció decidirse a cumplir su faena. Sin quitarme la vista, pronto estuvo a un metro frente a mí. Nos separaba sólo la baranda de hierro de la entrada de sol.

Pensé que el desconocido no llevaba arma de fuego; de otro modo no habría necesitado acercarse. Yo, sí la tenía. Estábamos tan próximos que miré cómo acezaba. Su respiración era visible, como la de quien piensa cometer una fechoría y se emociona antes.

Repasé mis ventajas: él había vacilado, desconocía mi pensamiento; yo estaba firme y adivinaba el suyo. El ignoraba si yo estaba armado y si le temía. Yo... vaya si no iba a portar arma... Y en cuanto a tenerle miedo... no, de ninguna manera.

Como desconcertado, él miraba calle arriba y calle abajo. Nada, nadie pasaba. De pronto me preguntó si yo era de una población cercana que mencionó.

Había hablado por fin el asesino. Entonces lo pulsé mejor. Era un indizuelo joven, parecía un guardia civil de franco. Yo trataba de que no intuyera mi conflicto interno. Hasta pensé no contestarle, para que no me flaqueara la voz. Pero dije con firmeza.

—¿Y a usted qué le importa?

De nuevo se aseguró con la vista de que nadie venía. Su crimen quedaría impune. No había cerca siquiera un perro que ladrara o un papel que hiciera espirales en el viento.

El hombre no dijo más. De repente, con agilidad felina, apoyándose en la barra transversal de la baranda, saltó y puso un pie en el travesaño. Un segundo después habría estado junto a mí. Pero ah, se quedó paralizado. Como si hubiera sido integrante de comandos, como el rayo, me llevé las manos a la cintura y al abrir las piernas resonó un ruido de tacones un segundo antes de abatirlo a tiros...

Así lo comprendió el hombre, porque literalmente, hecho pie atrás; con gran sigilo fue retirando otra vez la pierna, como si la hubiera tenido sobre una ratonera gigantesca y temido verse atrapado.

Sin quitarme la vista, como hipnotizado, apartó sus manos de la barra y se quedó sin ganas de hacerme preguntas

El, ya calmado, casi manso, dio media vuelta, como el mastín que enfriado en su furia ofrece el cuello a los colmillos de su rival en señal de sumisión.

Al regresar cerca de la luz del farol, me miró con desconfianza, como si hubiera comprendido de repente que yo tenía una inmensa guadaña capaz de alcanzarlo.

Entonces, ya cambiado los papeles, él me pareció como un ratoncito gris escapado por milagro de la trampa, que se estuviera escurriendo por la alcantarilla.



## El regreso

Habían cumplido tres años de matrimonio y Sandra experimentaba algunos cambios en su manera de ser. No había dejado de ser gentil; no descuidaba sus obligaciones; no era más exigente, ni menos cuidadosa de su apariencia, como sucede a algunas recién casadas. Pero se efectuaba en ella una transformación que tal vez no hubiera advertido un marido menos observador que el suyo. Aquellos tenían un significado que Diego —su marido— trataba de poner en claro.

El hombre no se dejaba llevar por conjeturas. Pensaba que a la imaginación hay que someterla a disciplina, y no soltarla como a potro cerril. Le parecía correcto, eso sí, utilizar la observación en lo relacionado con su esposa.

Era tan bella y amable que cualquiera podría sentir su atractivo, y ponerse a soñar, porque eso no cuesta nada.

El, había leído que los maridos deben vigilar con cuidado los cambios de conducta en sus mujeres. Trataba de recordar viejas conversaciones, preguntas de ella, al parecer inmotivadas. Recordaba algunos silencios en que parecía tan divagada, que se iba literalmente de este mundo, para volver, con un parpadeo de sus ojos de avellana.

Recordó una plática sostenida tiempo atrás por él, con un viejo amigo médico, referente a esas fugas de la realidad. Afirmaba el facultativo que podían ser formas de epilepsia. Pero era imposible que pudiera tener algo semejante.

Sin embargo... en la casa hacía meses que ocurrían cambios.

Para el caso en la dieta hogareña ya no le brindaban sus platos favoritos; no había vuelto a saborear la langosta, el cabrito horneado, los pasteles de manzana, ni tantos otros platos que Sandra sabía preparar.

Era la cocinera quien servía los manjares con sus manos regordetas y enrojecidas, como en cualquier fonda. Mientras tanto, Sandra hallaba siempre excusas para no acompañarlo a la hora de comer.

—¿Cuándo volveremos a probar la langosta deliciosa que tú sabes preparar? —le preguntó Diego a su mujer un sábado por la tarde.

Ella, que escribía una carta a su madre, según había dicho, lo miró abstraída, como si él hubiera sido de vidrio transparente, como si ella meditara en algo lejano. Siguió escribiendo.

El hombre comprendió que estaban bajando sus acciones en el mercado doméstico y se refugió en la lectura del diario sabatino.

Poco después se fue al traspatio a practicar esgrima. Tal vez toda aquella situación habría sido tolerable para él, de no mediar quebrantos en su intimidad conyugal. Se le desatendía en el comedor y en la recámara en donde su calidad de marido era puramente nominal.

Aquella tarde soleada de domingo, abrió completamente la ventana, para respirar el aire fresco

de la colina sobre la cual se erigía la casa. Centenares de árboles elevados movían sus copas agitadas por la brisa. Las hojas amarillentas y rojizas revoloteaban al viento como mariposas, antes de engrosar la crujiente alfombra vegetal. Entre los encinos arrastraba el río su mollicie de oro y el sol formaba claroscuros entre las isletas.

Contemplaba las nubes lejanas y las saetas de las golondrinas. Veía saltar entre las ramas a las diminutas ardillas. Volvió el rostro cuando Sandra entró al aposento.

Francamente la vio, sorprendido. La mujer sofisticada que se le acercaba distaba mucho de ser la misma con la que se había casado. Caminaba con paso cadencioso, tenía un brillo intenso en la mirada, una nueva manera de poner el carmín en sus labios y de maquillarse los ojos. Se había recortado la suave cabellera oscura que tanto le admiraba y traía un peinado exótico que hacía resaltar la línea de su cuello alto y bien formado —digno de llevar collares de diamantes— como él había dicho alguna vez.

En la mente del hombre se agolpaban las preguntas. ¿Por qué no le había consultado antes de efectuar el corte de pelo? ¿Por qué se lo había teñido de aquel rojo violento? ¿Por qué, en otras ocasiones, llevaba una especie de peluca ensortijada que no le venía a su tipo de belleza? ¿Por qué usaba aquella breve falda que descubría sus torneadas piernas?

Sandra se le acercó contoneándose y fue a sentarse sobre el brazo del sillón. Acercó su rostro al del marido, como si habiendo sido miope hubiera querido recordar los menores detalles de la fisonomía de su cónyuge.

El marido aspiró con deleite la nueva fragancia de su mujer. Era sin duda uno de esos perfumes que se muestran en las grandes vitrinas con nombres exóticos en francés, e impregnaba el ambiente de sensualidad.

De momento no supo si cargarla de reproches o elogiarla por esa nueva prestancia adquirida en los modernos salones de belleza, que hacía algún tiempo visitaba.

El, había aprendido a dominarse en diversos sentidos a diferencia de los primeros tiempos de casados, no se exasperaba por pequeñas cosas, no gritaba ni decía palabrotas. La trataba con suavidad, sin alterarse y pensaba seguir las mismas pautas mientras vivieran.

Al tenerla tan cerca, quiso él, en obsequio de la completa normalización de su vida sentimental, pasar por alto todas aquellas cosas que le fastidiaban. Pensó que las mujeres son enigmas inescrutables y que no siendo posible hacerlas a medida, sería mejor aprender a convivir con ellas.

Cuando extendió el brazo para estrechar su cintura, comprendió que la aproximación física de ella y todo aquel aparato, no tenían por fin gratificarlo. No eran aquellas cosas en su honor, ni para mayor comunión hogareña.

Al sentirse rechazado, retiró su diestra y simuló enfrascarse de nuevo en la contemplación del paisaje. Sandra comprendió que lo había herido con su desdén. Quiso enmendar un tanto las cosas y le tomó entre sus manos el rostro grave y lo giró hacia ella, con esa actitud estudiada de ciertas mujeres cuando buscan concesiones especiales de sus padres, jefes o maridos.

—Diego— comenzó a decirle con vocecita meliflua Diego... hoy por la noche quiero asistir a

la asociación de señoras... Bien sabes que soy la secretaria. La muchacha te pondrá la cena. Si lo deseas puedes ir al cine... o al Club. Hace tiempo que faltas... y tú mismo dices que es bueno permanecer en los grupos de amigos.

—Como quieras, Sandra— le dijo él, aparentando no haber sido impresionado por el nuevo peinado de su mujer, ni haber percibido la fragancia cálida que la envolvía, ni haberse fijado en aquella diminuta falda color pastel, ni en los encajes del corpiño, ni en la breve blusa de seda italiana. —No te preocupes por mí, ya veré lo que hago— terminó diciendo.

—Gracias cariño —le dijo ella y le estampó un sonoro beso en la frente.

“Posaré mis labios en tu limpia frente y nos besaremos como dos hermanos”, pensó Diego al recordar al poeta. Lástima que él no fuera tan romántico como el bardo, ni quisiera considerar a su mujer como a una hermana.

Al marcharse, ella trató de sostener por un buen rato la mirada del marido. Aparentaba seguridad en sí misma y trataba de dominar aquel tic de su boca que a veces la traicionaba, al atestiguar su nerviosidad.

Luego caminó cimbreando deliberadamente las caderas, como si ensayara el papel de una mujer galante en una obra dramática y exagerara un tanto su actuación.

Al marchar hacia la puerta sintió los ojos masculinos clavados en su espalda. Volvióse, segura de sorprenderlo y le dedicó la más cariñosa de sus sonrisas.

— “Hasta luego... cariño” —le dijo y cerró la puerta suavemente.

Pocos días después, cuando Diego regresaba del trabajo, fue recibido por su mujercita; le ayudó a quitarse el pesado saco de lana y contra lo acostumbrado en los últimos tiempos sacó de la nevera un sabroso refresco de frutas y se lo sirvió en la mesa, habiéndose sentado al lado del marido.

Mientras saboreaba la bebida, él le entregó un mensaje urgente. Un socio requería la presencia de Diego en otra ciudad distante trescientos kilómetros. Ella, que había leído el mensaje antes, se había apresurado a reservar pasaje aéreo.

Al siguiente día, él efectuó el viaje por la mañana. Al llegar a su destino, telefoneó a su consorte que permanecería varios días fuera de casa y le daba instrucciones para que efectuara ciertas diligencias que había dejado pendientes por la premura del viaje.

Pero en la noche regresó el marido, sin previo aviso. Entró por la puerta trasera, utilizando sus propias llaves. Le dolía moverse como un delincuente, pero debía hacerlo. Pronto estuvo en el comedor. Se cuidaba de no hacer el menor ruido. Había música suave en el dormitorio iluminado y una conversación, como un susurro.

Al tropezar con un pequeño objeto que estaba en el piso, hubo un cambio de luz en el dormitorio y cesó en el acto el cuchicheo.

El hombre empujó con sus hombros poderosos la puerta del amplio dormitorio. Sentada al borde de la cama estaba su mujer enfundada en un precioso traje de noche. Abrió

enormemente los ojos asombrados al ver a su marido y emitió un leve grito de sorpresa. Se puso de pie y haciendo esfuerzos, le dijo:

—¿Qué ha pasado, Diego? Dijistes que estarías ausente la semana entera... Ven, amor mío... Me alegra tanto que hayas vuelto.

Y se le acercó despacio, descalza, trémula, hasta ponerse frente a él. El hombre la abrazó sin decir nada. Pudo sentir que el pequeño corazón de Sandra golpeaba con violencia. Como nadie decía nada, él al llevarla hacia el lecho le explicó:

—Tuve que volver sin poder avisarte... Querida. No está mal que tengas la sorpresa de mi vuelta... Pero... no pareces alegrarte mucho. ¿Qué te ha pasado...? ¿Por qué lloras... pequeña Sandra mía...? ¿Te molesta mi regreso... Di...?

—No sé qué me pasa —dijo ella conmovida— la verdad es que la sorpresa... No sé... He estado muy nerviosa. Para distraerme me puse a fumar un cigarrillo. ¿No me vas a reñir por eso, Diego?

—¿Por qué había de reñirte? —dijo el hombre. Tú nunca has intentado fumar. Me has dicho que detestas el tabaco. Pero no me extraña lo que haces... Alguna vez se comienza. Aunque me sorprende que fumes dos cigarrillos a la vez.

—No sea mal pensado... amor —dijo la mujer. Es que uno se me cayó... y encendí otro.

—Hablemos de cosas agradables —dijo el hombre— voy a contarte lo que hice en casa de mi socio, hoy al llegar a San Juan, después de la sesión en la cámara. Me entretuve en mostrarle a Mario Cortés y a su linda mujercita Marta, cómo gané la competencia de esgrima y obtuve el trofeo. Marta es también alumna aventajada... sin embargo, ella tiene tus mismas fallas al lanzarse a fondo.

Sandra estaba en ascuas; no se imaginaba el motivo de aquella inusitada explicación, pero estaba atenta.

—Fíjate bien —dijo el hombre— ella no ejecuta bien los movimientos previos, antes de lanzarse a fondo...

El había tomado el florete de entrenamiento; con el mismo le hizo a su mujer aquellos ademanes que a modo de saludo ejecutan los entendidos antes de la competencia. Pero de pronto, de manera imprevisible se lanzó —como el rayo— contra el pesado cortinaje que cubría el ventanal.

Se escuchó un alarido pavoroso al clavarse el arma sobre el cuerpo que estaba detrás de la cortina. Luego algo cayó pesadamente al pavimento.

El par de zapatos negros que el hombre había visto detrás de la cortina, ahora aparecían abatidos, cubriendo unos pies anónimos masculinos.

## Cuento de navidad

Iban la pareja de amantes y el niño embebidos en el paisaje, devorando distancias, sintiendo que pasaban en fuga los corceles desbocados del viento.

Los dos eran la unidad, el amor perfecto y la risa del niño era como un trino en la alborada. A los tres les brotaba a raudales la alegría. ¿Hacia dónde irían? ¡Qué importaba hacia dónde fueran! Posiblemente a buscar horizontes ahora que sonreía la primavera de la vida.

Mientras corrían, recordaba el hombre un pensamiento: “El tiempo es la tardanza de lo que está por venir”. Al frente, la autopista blanca, como cinta gigantesca parecía devanarse en el eje de las ruedas... El coche estaba inmerso en la sustancia del tiempo.

Pero algo estaba escrito para ellos en el futuro inminente, contenido en una vuelta completa del minuterio. El coche se había despeñado en un vórtice de tragedia. Sus ocupantes pasaban por segundos del mundo consciente de la vigilia al “malstrom” de voces amortiguadas de la muerte.

Entonces ella —mitad del amor—, el niño —pajarito de luz—, y el marido, se negaban a entrar a una nueva dimensión. La cinta cinematográfica de sus vidas les mostró en segundos, detalles de las mismas, antes de que se sumieran en la penumbra.

Atrás habían quedado en el pasado irreversible sus mejores días, las dulces alegrías, las tristezas compartidas, las ovaciones cerradas de los públicos ante la juvenil trapecionista de piernas blancas y torneadas, las faldas cortas adornadas con lentejuela, las pistas de acrobacias, la luz de reflectores, los saludos agradecidos al público... su vida anterior, la vida de la carpa con sus peripecias. Todo quedaba atrás...

Gritos desgarradores... y la noche definitiva... la noche y la inconsciencia.

Ella, con los brazos abiertos, de cara al cielo, con sus ojos entornados, quedó casi graciosa, como una artista de ballet al concluir una obra etérea de silfos y mariposas en un gran final de escena.

¿Y el niño? ¡Ah! El niño, el pequeñuelo crecería ahora lisiado en silla de ruedas, en el mundo del hospital, con sus fríos corredores, sus altos ventanales, sus asépticas salas, sus enfermeras amables y solícitas vestidas de blanco.

¿Y el hombre? El hombre, desolado, con todo y lo mucho que llegó a amar a Brenda y la pena... la pena inenarrable de saberla perdida, aún saboreaba otra más amarga: su hijo le guardaba ahora inocultable aversión. Aunque nunca lo hubiera dicho lo culpaba por la pérdida de su madre. De su padre no aceptaba siquiera los juguetes que le mandaba.

Sin que nadie se lo prohibiera, le estaba vedado mirarlo. Después de cada visita el pequeño sufría verdaderas crisis, como si la presencia del padre reactualizara el terrible drama del volcamiento.

Cuando estaban frente a frente, su hijo mantenía un silencio hostil en que sobraba toda palabra. Entonces el hombre optó por ausentarse para favorecer la readaptación del pequeño.

Desposó a Brenda cuando él había heredado a un pariente rico. El habría dado gran parte de su

fortuna por lograr la felicidad de su hijo... siquiera por verlo sonreír, por ganar su afecto. Pero hay cosas imposibles.

En sus cavilaciones recordó que había un medio para lograr en parte sus anhelos: se sabía poseedor de facultades histriónicas, cierto gracejo natural que le permitía hacer reír a grandes y a chicos. Y decidió que actuaría en aquella navidad ante el público infantil del centro hospitalario.

El vigésimo cuarto día de diciembre, por la noche, alistó sus antiguos botes de maquillaje, recuerdos de la época en que trabajó como “Clown” del circo durante el año en que conoció a Brenda...

Ahí, frente al espejo enmarcado por numerosos foquitos electrónicos, estaba el padre empeñado en la empresa de darle por sí mismo alegrías a su hijo. Sobre el tocador estaban los tarros, la pintura bermellón para los labios, la crema blanca, el crayón negro de cejas. Estuvo largo tiempo maquillándose.

A pesar de los ocho años transcurridos y la falta de práctica en tales menesteres se iba perfilando en el espejo un payaso de verdad. Habían ciertas diferencias no obstante: ahora las canas de las sienes no estaban pintadas a propósito, lo eran de verdad y lo mismo las arrugas de la frente, tan pronunciadas que la capa de albayalde no lograba ocultar.

Las cejas y pestañas estaban ennegrecidas hábilmente. Las comisuras de los labios remataban en estrellitas brillantes y las líneas de carbón daban apariencia de asteriscos a los puntos luminosos de los ojos.

Sólo por probarse rió ante el espejo mostrando las dos filas perfectas de sus dientes blancos. Era difícil ver la risa de aquella boca grotesca y no estallar en carcajadas. Estaba bien con la camisa de seda de mangas bombachas, tachonada con círculos negros y el bombín en lo alto de los cabellos rebeldes.

Ni en sus mejores tiempos estuvo el “clown” tan acertado como aquella noche frente a los ochenta lisiados del hospicio. Reían hasta las lágrimas con sus ocurrencias disparatadas. Decía cosas absurdas y hacía cabriolas y desplantes...

Su hijo —el centro del mundo—, en silla de ruedas, gozaba en primera fila y aplaudía. Finalmente, el payaso que llevaba un racimo de bombas de colores sujetas por un hilo que se proyectaba vertical al techo, lo puso en medio de aplausos, en las manos de su hijo que sonrió con alegría.

Entonces...

Para concluir dio varios saltos mortales y cual potro encabritado hizo mutis por el fondo mientras la banda ejecutaba un alegre aire de circo.

En el cuartito de vestuario, el hombre enjugaba sus lágrimas y creyendo que era alérgico al albayalde se sonaba silenciosamente, y limpiaba la humedad de sus mejillas.

***Fuente: Juárez Fiallos, Santos. 1989. Los Alegres Años Veintes y Otros Cuentos Hondureños. Tegucigalpa, Honduras. Talleres Lithopress. 143 p.***

ANEXO 2

A) Fotografía de Santos Juárez Fiallos



## **B) Entrevista a Santos Juárez Fiallos**

Aparecida en Diario La Tribuna, el domingo 17 de febrero de 2008

### **Antes de los 50's les apasionaban los temas bucólicos**

**Nery Alexis Gaitán**

**Estimado Don Santos Juárez Fiallos: ¿Cómo se inició en el campo de la narrativa, específicamente en el cuento?**

Desde niño leía los cuentos del español Saturnino Calleja. Eran unos libritos de unas treinta páginas, para deleite de jóvenes que aún estaban en la escuela primaria, aunque también los disfrutaban personas mayores. Me impresionaban tanto que hasta soñaba con “El Fantasma de la Luz Verde”, que era el título de uno de aquellos cuentos para infantes.

Cuando finalizaba la enseñanza de la primaria, leía las historias fascinantes del italiano Emilio Salgari, aún me recuerdo de algunos de esos libros, helos aquí: “El León de Damasco”, “La Venganza de Yañez”, “Los Tigres de Momprasem”, que intercambiábamos con compañeros que tenían las mismas aficiones. Supuse que yo podría escribir historias parecidas.

**Usted es el iniciador del cuento psicológico en Honduras, podría decirme por qué aborda esta particularidad, tomando en cuenta que eran otras las corrientes que predominaban en nuestra narrativa en ese tiempo.**

No creo ser el “iniciador” del cuento psicológico en Honduras, en donde, más de ciento setenta narradores han dado a conocer sus cuentos (desde 1881 hasta la actualidad), pero es importante hacer énfasis en la motivación interior que tienen los personajes para actuar de la forma en que lo hacen.

La psicología experimental trata de las leyes que rigen el comportamiento humano. No puede existir un cuento que ignore al hombre. En toda narración (o cuento) entra el elemento psicológico.

**En sus cuentos predomina el ambiente urbano, ciudadano, que va de la mano con el ambiente psicológico del personaje, ¿qué lo motiva a tratar la ambientación de esta forma en sus cuentos?**

Antes de la década de los años cincuenta del siglo pasado, los narradores se ocuparon del ambiente rural. Les apasionaban los temas bucólicos. Antes que pensar en la urbe, pensaban en el campo.

Muchos literatos se cansaron de tales ambientes, y pensaron que la ciudad serviría mejor al estudio de esos millones de almas que pueblan las metrópolis. Lo antedicho explica por qué mis cuentos son urbanos.



### **¿Qué aspectos de nuestra sociedad le ha preocupado resaltar en sus cuentos y por qué?**

Ninguno en particular, y todos en general. El tema no surge porque el autor decida: Hoy va a tratar de la solidaridad, de la honradez o la codicia; o de los siete vicios y las siete virtudes. El tema es impredecible, surge en la mente en un instante y cuando se logra conformar el relato, puede suceder que el mismo autor, el lector o el crítico, busque la casilla donde ser ubicado.

**Usted publicó en 1989 "Los alegres años veintes y otros cuentos hondureños", en donde maneja con maestría algunas técnicas psicológicas como la introspección, la superposición de planos, el monólogo interior, la venganza de un personaje que se posterga hasta el momento exacto de resarcirse, etc., ¿qué visión de mundo plantea usted con este libro?**

En realidad planteo una cosmovisión; es decir, una manera de ver e interpretar el mundo en que estamos inmersos.

**¿Podría decirme qué autores o corrientes científicas han influido en su obra y que le han permitido reflejar el tormento del alma humana?**

A través del tiempo ha habido infinidad de corrientes literarias: Romanticismo, Postromanticismo, Modernismo, Regionalismo, Criollismo, Prevanguardia para sólo mencionar algunas.

Nunca he pretendido ubicarme en determinada corriente. Creo que muchos autores escriben sin pensar en qué grupo o corriente pudieran estar comprendidos y éste es exactamente el caso mío.

**Desde la perspectiva literaria, ¿cuáles son los autores que han influido en su obra narrativa?**

Podría ocurrir que determinados autores de obras literarias, puedan haber influido en lo que escribimos. En mi caso, sin darme cuenta de tal situación. Aunque creo que lo mismo les ocurre a otros autores.

**De los cuentos que ha escrito, ¿cuáles son sus favoritos y por qué?**

“El hombre que no quería hablar”: me satisface pues en el mismo, no todo es ficción. Yo conocí a “Calandracá”, su personaje central. El cuento “Vientos de borrasca”, refleja una situación hogareña, que no he podido olvidar. El intitolado “El hombre que no debía favores”, también es tomado de la vida real. Es una reminiscencia puesta en letra de molde.

**¿Qué piensa de la narrativa hondureña actual?**

Pienso que vivimos uno de los mejores momentos de la cuentística hondureña, usted mismo puede elaborar una lista de destacados narradores cuyas obras podrían figurar en la más exigente antología del cuento universal. Y no lo tome como un elogio innmerecido, Nery

Alexis, afirmar que sus cuentos no sólo llenan los requisitos del avezado lector, sino que utiliza recursos de un exotismo nada usual en nuestros narradores; lo que debe satisfacerle en grado sumo.

### **¿Qué consejos le daría a un cuentista joven?**

Le diría que no se canse de leer los cuentos, no sólo de autores nacionales sino de otros países. Y aún más: Que leyera a los narradores de otras lenguas en las mejores traducciones, así mejoraría su acervo cultural y le daría grandes satisfacciones.

Amigo Nery Alexis: Le agradezco su bondad al interesarse en mi modesta producción literaria, y le felicito por sus grandes logros en el vasto campo de las letras.

4 de julio de 2003.

© Derechos Reservados, Nery A.  
Gaitán, 2003

### **Bibliografía de Santos Juárez Fiallos**

Poeta, narrador y periodista. Nació en Comayagüela, Distrito Central, el 8 de julio de 1916 y murió en septiembre del 2005. Estudió Magisterio y se graduó de Licenciado en Ciencias Jurídicas y Sociales en la Facultad de Derecho de la Universidad Nacional. Fue Jefe de Redacción de la revista “Tegucigalpa”, director del semanario “El Tiempo” (1951) y director del Diario “Prensa Libre” (1954). Fue miembro fundador de la Asociación de Prensa Hondureña y del Pen Club de Honduras, en cuyas directivas fungió como Secretario durante varios períodos. Fue miembro de la Academia Hondureña de la Lengua, en la cual fue Subdirector. Residió en Tegucigalpa y fue colaborador de diversos suplementos literarios. Se le otorgó el Premio Nacional de Literatura Ramón Rosa en 1990.

Obra publicada: **CUENTO:** Los Alegres Años Veintes y Otros Cuentos Hondureños, Tegucigalpa (1989), El Fugitivo (inédito). **POESÍA:** Sólo es el Viento Amada (1982). Cincuenta Sonetos (2004), en la Revista de la Academia Hondureña de la Lengua, No. 10, enero-junio. **NOVELA:** La Posada del Gato Pardo (inédita). **ENSAYO:** La Vida de Adolfo Zúñiga (inédito). **TEATRO:** Motivo Familiar (s. f.).

**Nery Alexis Gaitán** nació en Danlí, en 1961. Doctor en Literatura y Lenguas. Es un destacado narrador hondureño, su obra ha sido favorablemente estudiada por críticos nacionales e internacionales. Se le concedió el Premio Nacional de Literatura “Ramón Rosa” en 2009. Asimismo ha obtenido el Premio Centroamericano de Cuento “Froylán Turcios” y el Premio de Cuento “Ramón Amaya Amador”, ambos en 1991. Es Académico de Número de la Academia Hondureña de la Lengua, Correspondiente de la Real Academia Española.

Ha publicado los libros de relatos: **Reloj de arena** (1989), **La vida menor** (1990), **Laberinto último** (1992), la antología **Extraña cosecha** (1993), **El reclamo de las horas** (1995), **A la sombra del loto** (1996); en 1998 publicó una antología de sus cuentos completos bajo el título: **Pretextos para la eternidad**, que incluye el libro: **Pretextos para bien dormir**. Seguidamente publicó **Fervor de otoño** (2000), **Arrullos a la orilla del ensueño** (2001), **Melodía en primavera** (2002), **Este volver a la infancia** (2003), **Reloj de arena y otros requisitos de viaje** (2007). Asimismo, publicó los trabajos bibliográficos, **Índice de cuentistas hondureños** (1998), **Índice bibliográfico del cuento en Honduras** (2004), **Manual de Redacción** (2002) y **Manual de Literatura Hondureña** (2011). Asimismo, ha publicado en versión digital los libros de ensayos: **La poesía neoclásica en Honduras** (2011). **El cuento en Honduras, su definición y consolidación por el Grupo Literario Renovación** (2011). **El cuento psicológico en Honduras** (2011). **El delirio de contar; entrevistas a narradores hondureños** (2011). **Fragmentos de vida; ensayos literarios** (2011). **La vida en crisis; ensayos sobre libros que defienden la calidad existencial** (2011). **El presentador excepcional; la excelencia en la comunicación** (2011).

**Autor:** Nery-AlexisGaitan

**Página personal:** <http://simbadu.bubok.com>

**Página del libro:**

<http://www.bubok.com/libros/202408/El-Cuento-Psicologico-en-Honduras-un-estudio-sobre-la-obra-de-Santos-Juarez-Fiallos>



Aquí se aborda la obra cuentística de Santos Juárez Fiallos, quien fue el iniciador del cuento psicológico en Honduras. En ese período la narrativa hondureña estaba bajo la influencia del Regionalismo, el campo y su violencia. Juárez Fiallos incursiona con nuevos temas y nuevas modalidades del contar, de forma novedosa.

